

AGRADECIMIENTOS

Siendo este mi primer libro, lo lógico sería agradecer a mi familia, que me lo ha dado todo y mucho más. Los quiero con toda mi alma. Sin embargo, a los que verdaderamente tengo que dar las gracias por darme la oportunidad y confiar en este proyecto son a las personas que me han apoyado en mi página de Patreon. Sin ellos esto no hubiese sido posible, su apoyo me ha ayudado anímica y económicamente a poder publicar este libro. Espero de corazón que este sea solo el comienzo de muchas más historias que podré contar gracias a vosotros.

Muchísimas gracias a:

- | | |
|----------|-------------|
| - Scv95 | - Zihark |
| - Neko | - Malinis |
| - Susy | - iifreecom |
| - Victor | - Akito |
| - Álvaro | - tracux |
| - Kyou | - DjCanas |
| - irving | - AS |
| - Frank | - Anónimo |

Por supuesto también a:

Nebur, YouCanCallMeArt, Vodka13, RunLikeHell, Foxian_uwu, Ojutai, Rick, anubiszzz1, toroko1305, David, April, K, Deku, Jose, Javi92, Sienna, S, Izuma, helen, Japeto, Pedro Scorza, hircine, Rold, Jota, Robert, Spunk, Greenpanther, Farsante1, Anónimo, Suso, Dkore, aurazel, Dufraner, Haru, KimJesus, Aroxx y a todos los miembros de mi Patreon.

CAPÍTULO 1

BUSCANDO TRABAJO

Hola, mi nombre es Marta, pero te adelanto que no es mi nombre real. Los hechos que voy a contarte justifican que no revele mi verdadero nombre, pues sería demasiado vergonzoso. Esta historia pudo ocurrir hace unos 5 años, cuando empecé mis estudios en la universidad de ciencias.

Por aquel entonces, era una buena estudiante, una de esas chicas que pasaba las horas en la biblioteca estudiando sin parar, pensando que nunca sería suficiente, aunque al final mis calificaciones fueran excelentes. Por otra parte, no me avergüenza admitir que sabía que era muy guapa, pero creo que pertenezco a ese pequeño porcentaje de chicas que no usa su potencial para follar con todos los que les apetezca. Me gustaba sentirme digna y orgullosa, como si no hubiese ningún chico lo suficientemente bueno para mí. Con el tiempo descubrí que, en realidad, lo que me gustaban eran las mujeres.

Antes de continuar, creo que mereces saber cómo era por aquel entonces, aunque tampoco haya cambiado tanto. Era morena, con el pelo tan largo que, si me lo dejaba caer por delante de mis pechos, podría haberme tapado los pezones. Solía llevar un flequillo corto al estilo egipcio que me tapaba totalmente la frente y, a veces, incluso me llegaba a los ojos si no me lo recortaba un poco.

Mis ojos son marrones claros y siempre llevaba gafas. Eran unas gafas gruesas de pasta al más puro estilo secretaria ochentera; creo que me daban un toque muy sexy e irresistible.

Qué más puedo contaros... Nariz pequeña, tez morena, y solía pintarme los labios de rojo intenso sabiendo que, junto a las gafas y mi *look*, llamaría la atención de los chicos, aunque lo más destacable de mí era sin duda mi figura. Llegaron a decirme que era complicado tener unos pechos tan grandes con lo delgada que estaba. Sí, soy bastante tetona.

Por otra parte, si a mi cuerpo le sumabas el estilo camisa y falda que solía llevar a la universidad, pues acabé siendo la más deseada de clase y de toda la facultad.

Tenía amigas que siendo un poco menos agraciadas follaban mucho más que yo, y eso que los chicos que buscaban eran muy apuestos. A mí por alguna razón me gustaba más provocar que follar, pero insisto en que, cuando descubrí mi verdadera orientación sexual, todo cambió.

Tras esta ligera autodescripción, os contaré que un día decidí buscar un trabajo para compaginarlo con los estudios. Podía vivir bien con las becas y la ayuda de mis padres, pero pensé que quizás habría algo interesante que encajase conmigo y con mi horario.

Todos los días leía qué empleos iban saliendo por internet. Llamé y acudí a algunas entrevistas, pero casi siempre era a mí a quien finalmente no le convencía. Después de un tiempo buscando, encontré una oferta de empleo que me llamó la atención, pero era tan escueto y sospechoso que ni siquiera llamé para preguntar. El anuncio decía algo así:

“Se busca persona para trabajar en una mansión. Necesitamos a alguien para limpiar, cocinar y otras tareas, horario flexible. Llama para más información”.

Sin duda encajaba con lo que buscaba, sobre todo lo de “horario flexible”. Al final, tras varias semanas indagando, decidí llamar. Al teléfono se puso un señor con un tono de voz amable que no me contó mucho más de lo que decía el anuncio. Básicamente, me dijo que me pasase en cualquier momento por la mansión y que la dueña me atendería y me entrevistaría, así que eso hice.

Me presenté allí dos días después, sin avisar. El lugar quedaba a 10 minutos a pie del piso donde residía para mis estudios, y el barrio parecía bastante adinerado. La idea de trabajar allí me gustaba cada vez más.

Al llegar a la casa, dudé por un instante tocar o no el timbre. Era una gran mansión e imponía. Un portón vallado me separaba de la vivienda que aún quedaba algo lejos. Aquella situación me acobardó un poco, pero me lancé y llamé al portero automático.

Pude observar que también había una cámara. Una voz sonó por el altavoz:

—¿Qué desea?

—Vengo por la entrevista de trabajo —expliqué.

—Un momento, ahora le abro.

Un minuto después, llegó un hombre vestido de mayordomo que abrió la puerta manualmente. Al hablar, deduje que había sido él con quien había hablado por telefonillo.

—Acompáñeme —me pidió.

Mientras le seguía, pude observar lo grande que era el jardín, que además rodeaba toda la casa.

—La señora de la casa le hará la entrevista en la terraza del jardín —me dijo.

Llegamos a una preciosa terraza y me senté en silencio donde me había indicado el mayordomo.

—¿Desea tomar algo mientras espera?

—Nada, muchas gracias —contesté.

—Vale, le aviso que tendrá que esperar un poco hasta que llegue la señora.

El mayordomo se fue y estuve allí unos 10 minutos, pero finalmente apareció. Llamarla señora era extraño ya que parecía una mujer bastante joven o, al menos, eso aparentaba. Y, para colmo, era muy guapa. Se sentó frente a mí y me saludó dándome la mano.

—Perdona la espera —dijo ella.

—No pasa nada.

—Bueno, si te parece bien, te cuento en qué consiste este trabajo.

—Muy bien.

—Te pido por favor que escuches todo lo que voy a decir porque quizás te sorprenda al principio. Si te sientes incómoda con lo que te cuente, puedes marcharte en cualquier momento.

Aquello que dijo me perturbó un poco. ¿Qué iba a decirme que pudiese incomodarme tanto como para querer irme?

—Esta es una especie de mansión sexual. Las personas que trabajan aquí lo hacen para satisfacer mis deseos.

No dije nada, pero mi cara de sorpresa e incomodidad fue muy marcada.

—Realmente, me gustaría que vieres cómo trabajamos aquí para que veas cómo funciona esto. Mi propuesta es la siguiente: trabaja aquí siete días como periodo de prueba. Durante ese tiempo, te pagaré dos mil euros. Dos mil euros por una sola semana de trabajo y, en ese tiempo, nadie te tocará ni tendrás que hacer nada sexual. Solamente, verás las cosas que hacemos dentro y harás algunas tareas de casa.

—Creo que no puedo aceptar.

Estaba impactada por lo que aquella mujer me estaba diciendo.

—Déjame decirte algo. No me importa si vienes una semana de prueba y después no aceptas el trabajo, pero me gustaría que lo intentases.

—Creo que voy a marcharme.

Me puse en pie al decir aquello.

—¡Una última idea, entra ahora! Solo quiero que veas que podría gustarte trabajar aquí o incluso ser una espectadora durante unos días.

Mi corazón latía a mil por hora. Me quedé allí, congelada durante unos segundos, pensando qué hacer. Creo que si cualquier otra persona me hubiese hecho esa propuesta, no me habría convencido, pero esa mujer parecía, de alguna forma, confiable. Además, su belleza y su edad también me transmitían seguridad, quizás en parte porque yo era un poco como ella, aunque más joven.

Al final, acepté la invitación de la dueña para ver la casa. Ahora que lo pienso con perspectiva, soy consciente de que simplemente aquella situación me excitó. Es cierto que también me daba miedo, pero el hecho de pensar que aquella era una mansión de la lujuria encendió un poco mi libido.

Antes de contarte lo que vi allí dentro, creo que es el momento de describirte cómo era la dueña de aquella casa.

El primer rasgo destacable a simple vista era la altura. Cuando me describí a mí misma anteriormente, no dije nada de mi estatura. No lo pensé, quizás fuese porque considero que tengo la estatura media habitual en las chicas de mi edad. Esta mujer, sin embargo, era casi una

cabeza más pequeña que yo, pero ese rasgo era una de las cualidades más atractivas que ella tenía, sobre todo, combinado con su encanto y el carácter.

Lo segundo que destacó con claridad fue que su pelo era de un rubio blanquecino que siempre combinaba con una coleta o un moño, dejando caer sobre su cara solo uno o dos pequeños mechones de pelo. Además, tenía los ojos verdes, una boca pequeñita y mejillas encantadoramente rosadas, lo que contrastaba con una blanca piel. Una vez, me contó que no le gustaba mucho pintarse y arreglarse, pero la gente pensaba que se echaba colorete y acabó maquillándose porque, lo hiciera o no, los demás siempre pensaban que lo hacía.

Por otra parte, su figura era impresionante. Apenas tenía pechos, pero el culo era hipnótico. Tuve la suerte de tocarlo y verlo desnudo muchas veces y simplemente era el mejor culo que hayáis podido imaginar, muy pomposo y blandito. Los pechos eran pequeños, pero creo que eso jugaba a su favor en algunos aspectos. Por ejemplo, creo que la hacía parecer más joven al combinarlo con la estatura. Además, ella jugaba muy bien sus cartas, pues casi nunca llevaba sujetador y solía llevar vestidos con un ligero escote superior a su talla, de tal forma que, si eras un poco más alto que ella (algo que era muy probable), podías verle muy bien los pechos e incluso (con un poco de suerte) los pezones.

Toda esta descripción no sirve de nada si no os cuento el mejor de sus puntos fuertes: el carácter. Ella era la mezcla perfecta entre dulzura y una perfecta dominatrix. Tenía muchísimo carácter y en la cama no existe persona más dominante que ella. Estoy segura de que nadie podría dominarla y, si un hombre lo intentase, sería capaz de pegarle con tal de hacer saber que es ella quien tiene las riendas. Solo era dominada cuando quería, pero todos tenían claro quién mandaba en la cama. Era increíble ver ese carácter tan poderoso en un cuerpo tan adorable y pequeño. Quizás por eso me excitaba tanto verla.

A groso modo, así era ella, pero ahora os contaré cómo ella se describió a sí misma y a la mansión mientras me llevaba al interior de la casa.

—Voy a explicarte un poco las reglas de esta casa. Yo soy la dueña y señora de esta mansión, por motivos de herencia y negocios tengo muchísimo dinero y puedo permitirme la pequeña locura sexual que se vive aquí dentro.

Mientras me contaba todo eso, seguíamos andando por el jardín como dirigiéndonos de nuevo a la entrada principal. Ella continuó hablando:

—Lo más importante para mí es que todos los empleados estén aquí porque les gusta. Les pago mucho dinero, pero puedo sentir y saber si a ellos les gusta estar aquí. Si siento que no están por placer, los despido. También les pago muy bien cuando se marchan. El dinero no es un problema, yo solo quiero gente que quiera trabajar aquí.

Ella seguía hablando y el mayordomo que nos había atendido antes nos abrió la puerta. Ambas entramos en aquella casa y mi primera impresión fue muy correcta, no vi nada especialmente llamativo más allá de mucho lujo en cuadros, jarrones y decoración en general. Ella explicaba:

—Cada empleado que ves aquí hace una tarea específica y la hace porque le gusta, ten eso muy presente. ¡Por cierto! Se me olvidaba, toma esto.

Me dio una especie de colgante. Era muy sencillo y colgaba de él un trozo blanco de plástico en forma de gota, del tamaño de una moneda de un euro más o menos. Era bastante feo, la verdad.

—Si llevas esto, mis empleados sabrán que tú estás aquí como invitada, es como una acreditación.

Yo seguía sin decir nada. El corazón me latía a mil por hora.

—Sígueme.

Me llevó a una habitación. Pude observar que parecía un despacho bastante normal. Eso sí, dentro del despacho había una chica de mi edad con un vestido de sirvienta bastante sexy. Como puedes imaginar, con el tiempo yo también acabé poniéndome un traje como ese para trabajar allí.

Aquella chica parecía, al igual que el mayordomo, bastante alegre. La dueña de la casa se sentó en el escritorio y dijo:

—Ya sabes.

Y, sorprendentemente, ella respondió:

—Sí, mi ama.

Aquella chica se acercó al otro lado del escritorio y se agachó para meterse debajo.

—Esta chica trabaja aquí y una de sus tareas es chupar mi coño mientras yo trabajo con el ordenador.

No daba crédito a lo que estaba viendo, ahora sí estaba muy nerviosa. Sabía que había entrado en una casa donde vería sexo, pero... ¿de verdad era esa una de sus tareas? Me costaba creerlo, pero en ese momento pude llegar a ver la cabeza de aquella chica entre las piernas de la señora.

—Bajo la mesa hay algunos consoladores y vibradores. Ella puede usarlos cuando quiera y, a veces, también le pido que los use conmigo. Saca un momento el consolador doble, Cristina.

Entendí que aquella chica bajo la mesa se llamaba Cristina. La dueña metió la mano por debajo de la mesa y sacó un consolador rosa que parecía bastante flexible, pero su mayor peculiaridad era ser doble, es decir, con forma fálica por los dos extremos. Imaginaba que esos consoladores eran para lesbianas y que ambas podrían compartir una penetración, pero en este caso su uso era otro.

—Cuando usamos este consolador, Cristina se lo mete en la boca y me masturba con él.

Mi corazón latía con mucha fuerza al escuchar la explicación. Empezaba a querer irme de allí.

—Cristina, voy a seguir enseñándole la casa a mi invitada, ahora vuelvo.

—Sí, mi ama.

La dueña se levantó y dejó a Cristina bajo la mesa. Todo aquello era tan chocante que no daba crédito.

—Ahora voy a enseñarte la cocina.

Una parte de mí quería abandonar la casa, me sentía muy incómoda y todo era demasiado perturbador, pero por dentro me excitaba ver cómo funcionaba aquella casa. Era incluso un poco adictivo, por lo que me dejé llevar sin decir nada, con algo de miedo y adrenalina recorriéndome el cuerpo.

Finalmente, llegamos a la cocina y ahí todo parecía normal. Era una cocina grande y había un hombre cocinando. La verdad es que aquel señor estaba muy en forma y era bastante alto.

—Ha sido estupendo que vinieses hoy porque hay bastantes empleados y vas a poder ver bien cómo funciona la casa. Él es el cocinero de la mansión y uno de los que más tiempo pasa por aquí. Felipe, enséñale tu secreto.

—Sí, mi ama.

Aquel hombre se bajó los pantalones y no llevaba calzoncillos, por lo que dejó directamente su sexo al aire, pero eso no fue lo que me sorprendió. Su pene estaba atrapado en una especie de pequeña prisión metálica.

—Dile por qué llevas eso —pidió ella.

—Me gusta llevarlo y a mi ama le gusta que lo lleve.

Su pene no estaba duro, pero imaginaba que, si lo estuviese, aquello debía de ser doloroso e incómodo. No entendía cómo podía gustarle.

—Hay gente a la que le gusta estar sometida y él es uno de ellos. Es difícil encontrarlos, pero sé que le gusta, por eso trabaja aquí. Voy a enseñarte ahora el salón —continuó la señora.

Recuerdo especialmente bien que antes de llegar al salón estuve cerca de abandonar e irme. Todo aquello me superaba, pero desde lejos vi a otras personas en el salón y tenía ganas de saber con qué me sorprenderían.

Al entrar allí, algo destacaba enormemente por encima de todo lo demás, incluso por encima del tamaño del propio salón: la pareja joven que estaba justo en el centro de la habitación. Un chico y una chica estaban sentados uno frente al otro en unos asientos de terciopelo rojo. Era extraño ver que estuvieran allí sentados sin hacer nada. Solo se miraban el uno al otro. También destacaba que estaban sobre una ligera plataforma de unos 20 centímetros, de tal forma que tenían un poco de altura respecto al resto del salón. Sin duda estaban allí porque, de algún modo, eran el centro de atención.

—Dadme un número 2.

Al decir aquello, ellos comenzaron a besarse. La chica se levantó del asiento para sentarse en el regazo de él y este empezó a tocarle los pechos y a agarrarle el pelo con fuerza.

—La tarea principal de esta pareja es darse placer entre ellos y que los demás disfrutemos del espectáculo. Si les digo “nivel 2”, es que pueden dar rienda suelta a su pasión, pero sin llegar al orgasmo. Eso sería un espectáculo de nivel 3.

Yo seguía de pie mirándolos. ¿Estaban allí para que los demás contemplasen? Mientras pensaba aquello, pude ver cómo el chico metió la mano por debajo del traje de ella y le comenzó a tocar los pechos sin ningún pudor.

—Siéntate —me ordenó la señora.

Ella tomó asiento en un cómodo sofá cercano y yo me senté al lado con el espectáculo continuando en un segundo plano.

—Estás muy nerviosa, puedo notarlo. Es normal, todo el mundo reacciona un poco así la primera vez que viene. No te preocupes tanto, chica.

Antes de que pudiese decir nada, ella sacó del bolsillo una pequeña campana que agitó con fuerza. Entendí que estaba llamando a alguien y, en un momento, el mayordomo se presentó allí.

—Ponte ahí.

El mayordomo se puso a cuatro patas frente a aquella mujer y ella puso los pies sobre él, como si de un taburete se tratase.

—Dile a nuestra invitada si te gusta estar así.

—Me encanta.

No podía creer que el mayordomo, que hacía un rato me había abierto la puerta con tanta amabilidad y respeto, ahora estuviese así de humillado frente a mí.

—Esto es lo que quería mostrarte. En esta mansión todos hacen cosas que les gustan. Por ejemplo, David y Nuria, los chicos que ahora se están besando, encontraron algo que ofrecerme: un *show* pasional. O mi mayordomo, que disfruta ofreciéndome una lealtad total. Todos están aquí por placer. Mi propuesta es que vengas varios días y descubras todo lo que esta casa puede ofrecerte. Siete días y te pagaré dos mil euros.

La curiosidad me embargó y decidí preguntar:

—¿Qué tendría que hacer durante esa semana?

—¿Ves ese colgante blanco que llevas? Seguirías llevándolo, eso querrá decir que nadie te va a tocar, ni mis invitados ni mis trabajadores ni tampoco yo. Con ese colgante mis empleados sabrán que estás de prueba, pues ellos también lo han llevado. Los días que estés aquí trabajarás limpiando, fregando, cocinando, ordenando cosas, lavando ropa y en general haciendo cosas de casa. Mientras trabajas, verás más de cerca cómo funciona este lugar. No tienes que hacer nada más. Incluso si piensas que no vas a trabajar aquí a largo plazo, puedes disfrutar de esta experiencia durante los días que estés aquí.

— ¿Cómo acabaron tus empleados en esos puestos que les has dado? —pregunté.

—Algunos tardaron bastante tiempo en descubrir su posición aquí, pero al final son los que me ofrecen y me hacen una petición. Algunos de ellos hacen más de una tarea sexual en esta casa. Él, por ejemplo —dijo señalando al mayordomo que seguía haciendo de taburete—, hace muchas cosas en casa. Sin embargo, la pareja que estás viendo ahora besarse solo hace eso, follar en mi presencia o, a veces, follar conmigo cuando me apetece.

En ese momento, ella se levantó y se dirigió a una cortina que había en el salón. Para mi sorpresa, tras la cortina no había una ventana, sino que había cuerdas y cadenas de tela.

—Cristina, la chica de mi despacho, no está siempre allí. A veces la dejo aquí, atada a la pared; también le gusta. Si ella se cansa o necesita ir al baño, solo tiene que pedírmelo o decírselo a cualquiera de nosotros. No está atada contra su voluntad, sino que disfruta estando atada. De todas formas, en un año y medio que lleva ella aquí, nunca me ha pedido que la desate antes de tiempo.

—Entonces, ¿tendría que decidir yo mi posición? —inquirí.

—Quizás, o tal vez se me ocurra alguna posición para ti que pudiera gustarte. Te aseguro que, tras esa semana que te propongo, lo tendrás todo más claro.

—Yo... tengo que pensarlo.

—Bueno, voy a enseñarte el resto de la casa. Te aviso, no será tan interesante porque ahora mismo no hay más trabajadores en la casa, ya has visto todo lo picante que había que ver.

Ella soltó una pequeña carcajada tras hablar. Aquella risa fue bastante sincera y me relajó un poco. Accedí a seguir viendo la casa y continuamos conversando:

—¿Por qué te llaman ama? —curioseé.

—Al principio, no era así, pero el cocinero me preguntó si podía decirme ama y al final la idea nos gustó a todos. Tengo que admitir que a mí me pone bastante.

—¿Hay muchos más empleados en la casa?

—Has tenido bastante suerte, los has conocido a casi todos.

Seguimos charlando un rato más mientras nos acercábamos al final de la visita. Este último tramo fue más calmado y sirvió para relajarme, aunque el paseo también me mostró que la casa era realmente grande y estaba llena de lujos. Sin duda tenía mucho dinero. También percibí que no me había enseñado algunas habitaciones. ¿No merecían la pena o había intentado ocultarme alguna sorpresa?

—¿Será posible? La visita termina y no nos hemos presentado correctamente. Perdóname, qué modales. Mi nombre es Charlotte. ¿Y el tuyo?

—Marta.

La visita terminó, ella me acompañó a la puerta y tuvimos una última conversación:

—¿Puedo saber si vendrás entonces a mi semana de prueba?

—No lo sé, esto es demasiado para mí.

—Recuerda que nadie va a hacerte nada y si quieres irte, podrás hacerlo en cualquier momento, solo tendrás que decirlo. Déjame decirte también que eres muy guapa y me encantaría conocerte y tenerte como empleada.

—Gracias, yo... lo pensaré.

Tras decir aquello, comencé a alejarme.

—¡Te espero este lunes entonces!

Ella pronunció esas últimas palabras bastante entusiasmada, intentando animarme a trabajar allí. Después de aquella última frase, me marché.

Recuerdo que, al llegar a casa, comencé a pensar con más claridad en lo que había ocurrido. ¿Tenía miedo? ¿Estaba cachonda? No sabía identificar lo que sentía.

Recuerdo que aquel día era viernes y pasé todo el fin de semana pensando en las cosas que podrían esperarme en aquella mansión, incluso me masturbé un par de veces pensando en lo que había visto allí y también pensando en la dueña, Charlotte. Era la primera vez que me excitaba una mujer y seguramente se debía a que me había gustado su figura tan dominante en aquella casa, además de que era realmente bella.

CAPÍTULO 2

MI PRIMER DÍA

La espera del viernes al lunes fue una tortura, estaba llena de dudas. Me daba miedo trabajar allí, pensaba que aquello podría corromperme o que podrían explotarme, pero lo que había visto me excitaba tanto que pasé todo el fin de semana cachonda.

Llegó el lunes y, dos horas antes de salir, aún seguía indecisa. Recuerdo comenzar a vestirme mientras pensaba “solo voy a pasar por delante de la puerta, pero no voy a entrar”. También recuerdo caminar hacia allí diciéndome a mí misma que no pisaría aquella casa. Al final, cuando llegué, toqué el timbre convenciéndome a mí misma de que solo estaría allí una semana para conseguir el dinero.

De nuevo, me abrieron la puerta manualmente, pero esta vez no fue el mayordomo que me había atendido el otro día, sino una chica de mi edad que no había conocido la primera vez y que llevaba un atuendo de Maid (sirvienta) como el que llevaba Cristina, la chica que había visto en el despacho en mi visita anterior.

—¡Hola! ¿Eres la nueva?

Aquella chica me atendió con bastante efusividad y una sonrisa bastante linda.

—Sí.

—¡Qué bien! ¡Una compañera nueva! Espero que nos llevemos bien.

Tras hablar, me abrazó de una forma que me pareció forzada, aunque con el tiempo descubriría que realmente ella era así.

—¡Sígueme! Hoy voy a ser tu maestra y te voy a dar algunas tareas en la casa, pero antes tendrás que cambiarte de ropa.

Al parecer, nos dirigíamos al vestidor de la mansión. Antes de llegar tuvimos que atravesar parte de la casa y pude comprobar de nuevo que, a primera vista, nada parecía inusual. Al llegar al vestidor, ella habló de nuevo:

—Este es el vestidor, aquí nos cambiamos de ropa todos los que trabajamos. Esta va a ser tu taquilla, lo que dejes aquí no lo cogerá nadie. Puedes cerrar con llave, pero después de conocer a los que trabajan aquí, puedo decirte con seguridad que no te van a robar. Aun así, cierra si te sientes más segura.

—Vale.

—Por cierto, ya he puesto cosas en tu taquilla y la ropa con la que vas a trabajar es nueva. Recuerda que debes llevar el collar para que los demás sepan que no pueden tocarte. No pasa nada si no lo llevas, pero es un indicador que hemos llevado todos y así podremos saber que vienes a trabajar y no eres una invitada especial.

—Muchas gracias.

Aquella chica me transmitía mucha tranquilidad, parecía la típica persona que cae bien con bastante facilidad. Me agradaba pensar que iba a trabajar con ella.

—¿Estás nerviosa? Cuando yo llegué la primera vez, estaba nerviosa; pero tranquila, es normal. Hoy va a ser un día muy tranquilo, no te preocupes. Posiblemente, lo más excitante que harás será vestirme de Maid como yo.

Miré a la taquilla y vi que había un traje como el suyo para mí. Durante todo el fin de semana había fantaseado con vestirme como “Cristina”, así que ver que la fantasía iba a ser real me encendió un poco.

—Voy a salir para que puedas cambiarte. Por cierto, mi nombre es Lola.

—El mío es Marta —contesté.

—Un placer, Marta. Espero que podamos llevarnos muy bien.

Ella volvió a abrazarme y se marchó. En aquel momento, me sentía un poco excitada por la simple idea de ponerme aquel atuendo tan sugerente.

Me quedé en ropa interior y comencé a vestirme. Todo me quedaba muy ajustado, quizás incluso demasiado, aunque suponía que era parte de la magia. Los volantes de la falda hacían flotar la parte inferior del traje y sentía que cualquiera podría verme las bragas. Además, la falda en sí era muy corta, lo que me hacía sentirme aún más desnuda. Por otra parte, mis pechos parecían a punto de reventar en aquel corsé. Nunca había llevado tanto escote ni, en general, me había sentido tan sexualizada.

—¿Has terminado ya? —preguntó Lola.

—Sí, pasa.

Lola entró en el vestidor.

—¡Wow! ¡Te queda muy bien!

Casi parecía saltar de alegría.

—Pero hay un problema, llevas el sujetador. Deberías de quitártelo. El traje gana mucho así y con tus pechos va a quedar mejor. Además, cuando yo entré en la casa, Charlotte me lo dijo expresamente. Ahora vuelvo, mientras tanto, vuelve a cambiarte.

Lola se fue y yo comencé a desvestirme de nuevo para quitarme el sujetador. Volví a ponerme el traje, pero ahora se sentía distinto; realmente me sentía un poco desnuda llevando aquello. Mis pechos estaban muy sueltos y se veían mejor en el traje, me excitaba sentirme así, pero al mismo tiempo me avergonzaba. Lola volvió a entrar.

—¡Madre mía! ¡Quiero meter mi cabeza entre tus pechos! Qué envidia.

Yo sonreí intentando ocultar mi incomodidad.

—Sígueme, vamos a empezar con las tareas de la casa.

Llegados a este punto de la historia, he de decirte que todas las tareas que hice fueron muy normales. Fregué el suelo de varias habitaciones, quité el polvo, puse la lavadora e hice otras tareas del hogar con Lola. Todo fue muy ameno y Lola era muy simpática, sin duda fue una de las cosas que me hizo quedarme allí trabajando: la felicidad que transmitía.

Al limpiar las habitaciones, llegamos a una que me llamó la atención bastante, pues solo tenía juguetes sexuales y había de todo: esposas, látigos, vibradores, dildos, velas, condones, bolas chinas y un montón más de cosas que seguramente ni siquiera sabía cómo funcionaban. Estando allí, Lola me dijo:

—Esta habitación es para todos los trabajadores de la casa y para Charlotte también. Si quisieras usar algo de aquí, puedes venir y cogerlo. Cuando lo uses, lo dejas en esta bandeja y cada día alguno de nosotros tiene que venir a limpiarlos y desinfectarlos. Es decir, no cojas nada de la bandeja porque estará sucio y usado.

Lola me enseñó cómo desinfectar aquellos juguetes y dónde había que dejarlos. Fue lo que más me excitó aquel día, aunque tengo que confesar que en el fondo de mí esperaba más.

Tras acabar todas las tareas, me dijo que teníamos que ir al despacho de Charlotte para hablar con ella. Lola pegó en la puerta.

—¿Se puede?

—Sí, pasa —contestaron desde el interior.

Lola abrió la puerta y Charlotte estaba sentada, trabajando en su escritorio. Bajo la mesa estaba Cristina. No podía ver bien lo que hacía, pero sin duda estaba allí. Charlotte le indicó con un gesto bajo la mesa a Cristina que parase y, al hacerlo, cerró los ojos un poco, por lo que imaginé que Cristina le estaría sacando algún tipo de juguete de su vagina y ella estaría intentando disimularlo. Mi corazón se aceleró a ver su cara de placer.

—¿Qué tal, Marta? Cómo ha ido el día —me preguntó.

—Muy bien.

—¿Te lo has pasado bien con Lola?

—La verdad es que sí.

—Lola es un encanto, quería que trabajases con ella porque es muy graciosa y divertida.

Pude comprobar que Charlotte conocía bien a Lola.

—Bueno, Marta, quería explicarte y pedirte un par de cosas. El primer día que hablamos te dije de trabajar una semana, pero me refería a 7 días. Quiero que vengas 7 días aquí a trabajar. Eso sí, puedes elegir los días que quieras; si alguna vez no puedes venir, no pasa nada.

—Muy bien, no hay problema.

—Lo segundo que quería pedirte es que vengas mañana, si puedes, a las siete en vez de a las cuatro. No tendrás que trabajar más, solo querré que hagas otras cosas. ¿Podrás venir a esa hora?

—Sí.

—Muy bien. Lola, acompaña a Marta a la puerta y, cuando se vaya, ven aquí conmigo. Voy a jugar contigo un rato por haber conseguido que Marta quiera volver mañana; eso es que te has portado bien con ella.

—¡Sí! ¡Muchas gracias, ama!

Ambas salimos de allí. Antes de irme, pasamos por el vestidor y sentí la suficiente confianza con Lola como para preguntarle algo un poco indecente:

—¿Qué cosas sueles hacer con Charlotte?

—Soy su criada y me gusta cuando juega conmigo. Hoy creo que me va a meter los dedos hasta que me corra y, después, quizás quiera que me la folle un rato. Tengo bastante suerte, soy de las que más sexo tiene con ella.

Todo lo que me contaba me excitaba mucho. En aquel entonces, yo no era bisexual, pero Charlotte tenía un encanto especial que realmente me gustaba, y lo que Lola me contaba empezaba a darme envidia.

—¿Te lo has pasado bien?

—Sí.

—Esto no ha sido nada. En esta casa pueden pasar muchas cosas, me encantaría que algún día las dos podamos tener sexo también.

Cuando dijo eso, me dejó sorprendida. No había pasado por mi mente que también podría tener sexo con ella. Escuchar eso me gustó, pero no dije nada. Aun así, creo que pude mostrar con mi cara que no me parecía mala idea.

—¡Que tengas un buen día, Marta! Nos vemos el miércoles.

—Hasta luego, Lola. Muchas gracias por todo.

Y así me fui de allí, con un calentón mayor que con el que había llegado. Sin ninguna duda, al día siguiente me esperaba algo mucho más sorprendente en aquella casa.

CAPÍTULO 3

INVITADOS

Ya había visitado aquella casa dos días y tenía que volver, pero seguía con dudas. Me costaba aceptar que quisiera regresar allí, pues significaba admitir que disfrutaba con aquella perversión y eso no era propio de mí.

Esta vez tenía que llegar más tarde a trabajar y estar menos horas, pero por lo que me dijo Charlotte, sería para hacer algo diferente. ¿Qué tendría pensado para mí si nadie podía tocarme?

Llegado el momento, allí estaba yo a la hora acordada y tocando de nuevo el timbre, aunque esta vez, mientras esperaba para entrar, también llegó un hombre.

—Hola, ¿eres una invitada?

Tardé un poco en responder sin saber qué decir.

—Soy... una empleada.

Aquel hombre intentó responderme de forma amable, pero en ese momento abrieron la puerta. Era el mayordomo del primer día, que con un gesto nos invitó a entrar. Primero, atendió al hombre que estaba conmigo y, mientras le ponía un colgante azul, le dijo:

—Están todos en el salón, como siempre.

Aquel señor se fue y ahora él se dirigió a mí.

—Sé que has llegado puntual, pero intenta darte un poco de prisa, ve al vestidor y ponte tu traje.

Parecía que algo pasaba y no entendía nada. Nos dirigíamos al interior de la casa y le pregunté:

—¿Cuál es tu nombre?

—Roberto. El tuyo es Marta, ¿verdad? Me lo dijo antes Charlotte.

—Sí.

—Encantado, Marta. Hoy hay trabajo que hacer, otro día hablaremos con tranquilidad.

Llegamos al vestidor, nos separamos y me quedé sola. Comencé a vestirme y, antes de terminar, cuando me quedaba poco más que las medias y los zapatos, llegó Charlotte.

—¡Hola! —exclamó.

—Hola.

Intenté mostrar la misma efusividad que ella, pero creo que no lo conseguí.

—Qué poco tiempo hemos pasado juntas desde que llegaste. El próximo día me lo guardo para ti. Si te parece bien, voy a explicarte tu tarea de hoy.

—Muy bien.

—Hoy tendrás que estar sentada en una silla del salón que voy a prepararte, no tienes que hacer nada más, solo estar allí y mirar. Si en algún momento necesitas ir al baño o quieres salir, puedes hacerlo, pero el objetivo es tan simple como estar allí. No te vas a aburrir, podríamos decir que vas a ver un espectáculo.

Yo asentí sin saber muy bien qué más decir. Realmente, se podría decir que hoy iba a trabajar sin tener que hacer nada.

—No te preocupes, te lo vas a pasar bien. ¿Estás ya preparada?

—Sí.

—Pues sígueme.

Al ir al salón, continuamos hablando:

—Hoy hay invitados. Los invitados llevan un collar azul que indica justamente eso, que son invitados. Creo que no te lo dije, pero todos los que entran en esta casa vienen con análisis de sangre hechos y son personas de mi plena confianza. Si finalmente te quedas a trabajar, también tendrás que hacerte algunos análisis, pero ahora no los necesitas porque nadie va a tocarte por llevar ese colgante blanco. Te cuento todo esto para que sepas que, si ves hoy sexo, es consentido y seguro.

Me contó tantas cosas en tan poco tiempo que necesitaba tiempo para asimilarlo, tiempo que no tenía, puesto que ya estábamos llegando.

Se escuchaba bastante jaleo. Entramos en el salón y Charlotte habló mientras puso una mano en mi hombro:

—¡Hola a todos, hola a todos! ¡Aún estoy con los preparativos! Perdonad.

Esparcidas por el salón, hablando y bebiendo, había 10 personas; 7 hombres y 3 mujeres, todos con colgantes azules y muy bien vestidos. También estaban en el centro de aquel salón David y Nuria, la pareja joven, y parecía que iban a hacer lo mismo que cuando los había conocido: besarse y tocarse como si fuese un espectáculo. Esta vez, además, estaban rodeados por unas cuerdas de terciopelo parecidas a las de los museos.

—Aquel es tu asiento.

Ella me señaló una bonita silla situada en el otro extremo de la sala. Estaba pegada a la pared y también estaba delimitada por unas cuerdas de terciopelo para, de alguna forma, separarme del resto del salón. Al llegar y sentarme, descubrí que tenía muy buena panorámica de todo lo que ocurría allí. Mientras me acomodaba, vi que Charlotte se acercó a Nuria y David. No habló especialmente fuerte, pero pude escuchar lo que dijo:

—Hoy os quiero al máximo. Vais a estar aquí varias horas, así que administraos bien vuestras energías porque quiero que los invitados disfruten de vosotros todo lo que puedan.

Parecían palabras casi de responsabilidad, pero Nuria sonrió y David levantó el pulgar con un gesto que denotaba que había bastante confianza entre ellos. Charlotte volvió a hablar en voz alta para que la escucharan todos los invitados y David comenzó a desvestirse a Nuria.

—¡Poneos cómodos! En breve, volveré y comenzará la cena.

Ella se fue y varios invitados se acercaron a la pareja para ver mejor cómo comenzaban a besarse y tocarse. Nuria aún llevaba su ropa interior y David estaba totalmente vestido, pero ella se puso de rodillas mientras él se bajaba la cremallera del pantalón. Todo indicaba que iban a comenzar una felación delante de los invitados, pero antes de poder ver cómo seguía aquel evento, uno de los invitados se acercó y me habló:

—¿Para qué estás tú aquí?

—Charlotte me ha dicho que solo tengo que mirar, no tengo que hacer nada más.

Intenté transmitirle que yo tampoco sabía muy bien qué tenía que hacer.

—He venido ya varias veces y nunca había visto ese colgante blanco.

En ese momento, una de las invitadas se acercó.

—Ese color indica que está comenzando a trabajar aquí, está de prueba y no podemos jugar con ella.

—Qué cosas más raras inventa Charlotte, aunque la verdad es que son bastante útiles en este momento.

—Charlotte es muy ingeniosa. Ella y yo estudiamos juntas y sabía que llegaría lejos, tiene mucha imaginación y sabe cómo usarla para conseguir dinero y poder.

Ellos siguieron charlando frente a mí durante unos minutos. Yo dejé de atender aquella conversación momentáneamente intentando descubrir el propósito de aquella noche. Presté atención al fondo de la sala y pude ver cómo Nuria chupaba el pene de su pareja frente a la mayoría de los invitados. Los invitados que estaban frente a mí dijeron:

—¿Nos acercamos a ver la felación?

—Vamos.

Todos los invitados hicieron un corro alrededor de la pareja y ya no podía ver bien lo que ocurría, pero pude escuchar cómo uno de ellos le dijo algo a David:

—Oye, chico, ¿puedes avisar cuando vayas a correrte para que estemos atentos?

—Claro... ¿Dónde queréis que me corra?

David hablaba a la vez que disfrutaba de la felación. Se podía notar por su forma de respirar. Los invitados comenzaron a hablar y a debatir dónde querían que se corriese, parecía que todos los pasaran bien con ese tema de conversación.

—¡En la cara es lo mejor! —dijo una mujer.

—Dejad que el chico disfrute y se corra dentro —expuso otro.

—¡Eso! Y que, después, ella nos enseñe el semen en su boca a todos.

—Me parece que tú has visto muchas pelis porno —señaló otra invitada.

—Chicos, poneos de acuerdo que se me acaba el tiempo —los advirtió David.

Incluso pude escuchar a Nuria:

—Decidle ya algún sitio que, si no, al final me atraganto.

Los invitados comenzaron a reír con el comentario de Nuria y parecía que ella lo había dicho a propósito para agradecerles. Muchas cosas estaban pasando, no daba crédito. El día anterior apenas había pasado algo erótico, pero hoy todo era al revés y lo peor es que esa situación me estaba excitando. Mi mente estaba comenzando a llenarse de pensamientos lascivos:

“Quiero masturbarme”, “Podría ir al baño y masturbarme”, “¿Querrá Charlotte que me toque aquí frente a los invitados?”, “¿Podré tocarme sin que nadie se dé cuenta?”.

Mientras pensaba aquellas cosas, vi que algunas personas dejaron la escena que Nuria y David habían formado. Cuando hubo un hueco, vi la cara de Nuria llena de semen. En aquel momento, me sentí casi celosa.

—¿Todavía no podemos pajearnos? —preguntó un invitado.

—Todos los hombres sois iguales. ¿No ha dicho Charlotte que esperemos a la cena? —dijo una de las mujeres.

—Yo no puedo más —declaró otro.

Los invitados volvieron a reír. En ese momento, Charlotte entró y dijo:

—¡La cena ya está lista!

El cocinero y el mayordomo de la casa traían una gran mesa con ruedas llena de comida, pero en la mesa también había una persona tumbada que tenía comida alrededor y sobre ella. Era Cristina, la mujer que había visto el otro día bajo el escritorio de Charlotte.

Los empleados que la acompañaban comenzaron a preparar una zona para cenar. Roberto, el mayordomo, estaba fijando la mesa al suelo, bloqueando las ruedas mientras Charlotte y el cocinero traían sillas para ponerlas alrededor de la mesa.

—Podéis sentaros ya —avisó Charlotte.

—¡Yo quiero aquí! —dijo un invitado.

Charlotte salió de nuevo de la sala momentáneamente para llamar otra persona, Lola, que traía una bandeja con salsas y bebida. Ella seguía mostrando esa sonrisa que la caracterizaba incluso en aquella situación tan inusual.

Ella comenzó a servir algunas bebidas a la vez que el mayordomo y el cocinero terminaban los preparativos y se acercaron a Charlotte. Todos los comensales estaban sentados, excepto Charlotte y sus empleados. Ya solo quedaba una silla vacía, claramente para la anfitriona, por lo que el resto de los trabajadores que la rodeaban no irían a comer con ellos.

Aunque los invitados rodeaban la mesa, yo podía ver perfectamente todo lo que había allí. Cristina estaba tumbada en la mesa y tenía mucha comida sobre ella y también a su alrededor, sus piernas y brazos estaban bien abiertos y, si observabas bien, se podía ver que estaba atada. Verla amarrada me impactó, aunque en ese momento recordé que Charlotte me había dicho que a ella le gustaban esas situaciones.

Al seguir observando, pude ver que tenía comida incluso en lugares aparentemente incómodos. Llevaba una venda en los ojos y varias piezas de sushi sobre ella. Agarraba una pieza de plátano pelado con la boca y sus axilas tenían nata o algún tipo de crema. Además, en su pecho había carne y verduras, y parecía que en su ombligo hubiera alguna salsa. Sobre sus piernas y brazos también había comida que parecía que solo podría comerse directamente chupándola, como cremas y arroces. Estaba totalmente cubierta de comida, excepto su vagina que podía verse abierta y mojada.

—Nosotros estamos calientes, pero ella está el triple que nosotros —dijo uno.

Los comensales se rieron con aquel comentario, pues era evidente que ella estaba muy cachonda por estar allí rodeada de gente.

—Ella es muy sensible. Si cogéis comida de su cuerpo y la chupáis con delicadeza, podréis conseguir que tenga un orgasmo sin que le toquéis la vagina —explicó Charlotte.

—Yo lo puedo corroborar, ya lo he visto antes —comentó una mujer.

—De todas formas, os recomiendo probar algunas comidas mezcladas con los fluidos de su vagina. La carne o el sushi están deliciosos, por ejemplo —añadió Charlotte.

Pude ver que había una pequeña bandeja bajo la vagina, cuya utilidad era la de recoger sus fluidos.

—Bueno, vamos a comenzar. ¿Alguien quiere usar ya a alguno de mis trabajadores?

Dos personas levantaron la mano; un hombre y una mujer.

—Yo no puedo aguantar más —dijo él.

—Muy bien. ¿A quién quieres? —quiso saber la anfitriona.

—A la chica de las coletas —expuso el hombre.

Aquel invitado se refería a Lola y ella le devolvió una sonrisa.

—Yo a él. —Aquella mujer señaló al cocinero.

—Ya sabéis, cuando queráis los servicios de mis empleados, solo avisadlos. Si queréis una mamada, también pueden meterse bajo la mesa mientras coméis.

Lola se puso al lado de uno de los invitados y le dijo al oído:

—¿Te pongo un condón? Así no manchamos. —Y se rio.

—Vale —contestó él.

Lola le puso un condón mientras Felipe, el cocinero, ya estaba tocando a una de las invitadas.

—Pues no esperemos más, a comer —dijo Charlotte.

Los invitados comenzaron a comer; algunos cogían trozos de carne y otras comidas que había en la mesa sin estar en contacto directo con Cristina. Uno de ellos se levantó para dar un bocado al plátano que tenía en la boca y otro decidió lamerle la axila, que tenía algún tipo de crema. Al hacerlo, Cristina suspiró muy fuerte:

—Ahhhhh...

Aquel pequeño grito mezclaba sorpresa y excitación. Hay que recordar que Cristina tenía los ojos vendados y no podía saber por dónde la iban a tocar.

Todo lo que había pasado hasta ese momento me tenía perpleja, y no fue hasta este momento, cuando comenzó a normalizarse, que no volví a pensar en mí misma. Y cuando lo hice, me di cuenta de que estaba totalmente cachonda, podía sentir incluso mi coño abierto. Tenía unas ganas terribles de tocarme, incluso podía notar que había mojado un poco la silla.

Todos estaban muy entusiasmados con la comida, por lo que yo empecé a fantasear pensando cómo podría masturbarme sin que me viesen. Una parte de mí quería evitar esos pensamientos, pero era inevitable, la situación me superaba y no podía parar de idear formas discretas de masturbarme en caso de rendirme a mis deseos.

Me di cuenta no sería fácil, la ropa de trabajo era de una sola pieza y la falda tenía muchos volantes, por lo que si quisiera tocarme, tendría que quitarme el traje (imposible en aquella situación) o levantarme la falda, lo cual también era muy indiscreto. Realmente, quería tocarme, pero no podía hacerlo, no sabía qué hacer.

Mientras pensaba en cómo masturbarme, la cena continuó. Ya no quedaba ningún empleado en pie, Lola estaba con otro invitado y al Mayordomo no podía verlo, por lo que seguramente estaría haciendo una mamada bajo la mesa a alguno de los invitados. Comencé a escuchar a Cristina gemir.

—Ahhhh, ummmmm, ahhhh.

—Increíble, si apenas le hemos hecho nada —dijo un invitado.

Podía ver cómo las piernas de Cristina se movían y se retorcían de placer. Nadie estaba estimulando su vagina, pero la estaban tocando y chupando y eso la estaba poniendo a cien. Uno de los invitados se estaba masturbando sin pedir la ayuda de los empleados. La situación se estaba descontrolando.

—Cristina, eres todo un espectáculo, déjame darte un empujoncito más —le dijo Charlotte.

Se acercó a Cristina y comenzó a chuparle la oreja, y Cristina no pudo soportar aquel placer.

—Ahhhhhh, ohhhhhhh, AAHHHH.

Cristina se estaba corriendo sin ningún tipo de contacto vaginal. Todos lo estaban pasando realmente bien allí, incluso David y Nuria, que seguían a su rollo y ahora él le estaba metiendo los dedos a ella. Era una pena ver que estaban allí para dar espectáculo y nadie los miraba, pero justo en ese momento me di cuenta: ellos también estaban cachondos y estaban haciendo lo que yo quería hacer, masturbarme.

Todo me superaba, era una situación tan nueva, desconocida y erótica para mí que al final me decidí y me rendí a mis impulsos. Levanté discretamente mi falda, desplazé las bragas un poco a un lado y empecé a tocarme. Quería hacerlo lo más rápido posible para intentar pasar desapercibida. Si lo conseguía, podría llegar a terminar sin que nadie me viese ya que todos estaban atentos a la comida.

—Oye, Charlotte, ¿podemos masturbarla? Sé que acaba de correrse, pero me apetece muchísimo comerle el coño.

Charlotte miró a Cristina y ella asintió con la cabeza.

—Adelante.

La invitada se puso en pie para ponerse en la zona donde tenía más cerca la vagina de Cristina, pero aun así tuvo que quitar comida de la mesa y subirse para poder acceder a ella. El cunnilingus comenzó y todo se desmadró. Podía ver cómo Lola estaba masturbando a dos invitados a la vez, Roberto comenzó a penetrar a la mujer que estaba haciéndole un cunnilingus a Cristina y, prácticamente, todos estaban realizando algún tipo de acto sexual.

Cuando quiero masturbarme, suelo empezar metiéndome uno o dos dedos y solo juego con mi clítoris para correrme y acabar, pero en esa situación quería terminar pronto, así que fui directa al clítoris para terminar lo más rápido posible. Mientras lo hacía, seguía mirando a mi alrededor y prácticamente todos estaban teniendo sexo. Entonces, observé que Charlotte no estaba haciendo nada, solo examinaba a los demás, sino que comprobaba que todo fuese a la perfección.

Muchas cosas excitantes pasaban a mi alrededor que servían perfectamente como inspiración para seguir masturbándome, pero mi mente y mis ojos querían seguir observando Charlotte, y entonces, para mi sorpresa, ella cruzó una mirada conmigo y sonrió al ver que me estaba tocando. Aquello me excitó. Tras aquella mirada, ella siguió observando a los demás y, cuando comprobó que todo iba según sus planes, se quitó los pantalones, se subió a la mesa, se puso de rodillas y puso la vagina sobre la boca de Cristina.

Me sentía muy atraída por Charlotte en ese momento (nunca me había sentido así por una mujer), ella era la persona a la que estaba mirando mientras me masturbaba, su belleza y su forma de ser me fascinaban. Sus movimientos y gestos mostraban placer, pero también orgullo y fuerza, realmente era una mujer muy dominante, una dominatrix en todo su esplendor.

Seguía observándola mientras suspiros y orgasmos sonaban por todas partes. Mi mente estaba tan centrada en Charlotte que de algún modo me sincronice con ella y, cuando vi que comenzó a correrse, yo también lo hice de forma automática. Recuerdo sentir un orgasmo muy intenso, seguramente motivado por toda aquella situación, pero pude disimularlo con discreción, que era justo lo que quería. Tras correrme, el cuerpo se me relajó y volví a descansar, apoyé de nuevo la nuca sobre el reposacabezas del asiento y me sequé los dedos frotándolos con mi ropa. Aquella orgía siguió un rato más, pero yo ya había conseguido calmar mis impulsos. Seguí observando aquella situación durante un rato, esta vez mucho más calmada, y antes de darme cuenta, ya había pasado una hora.

—Muy bien, esto ha sido todo por hoy, los trabajadores ya podéis marcharos. Cristina se queda porque acordó conmigo que quería quedarse atada un rato más. ¿Sigues con ganas verdad, Cristina? —le preguntó Charlotte.

Ella dijo que sí con la cabeza.

—Estupendo, pues lo demás podéis iros ya a casa.

David y Nuria comenzaron a vestirse y Lola se acercó a la puerta esperando que los demás nos acercásemos a ella para abandonar todos juntos la sala. Yo me puse en pie y Charlotte me habló:

—¿Lo has pasado bien, Marta?

—Mucho.

—Me alegro.

Respondí sin pensar, dejándome llevar. Al salir de la casa, me arrepentí de aquella respuesta tan rápida y sincera, seguía sintiendo que tanta lujuria no podía estar bien. Esta vez todos los trabajadores nos cambiamos de ropa en el vestidor a la vez. Pensaba que sería vergonzoso, pero se volvió ameno, algunos comentaban lo bien que lo habían pasado o momentos de aquella orgía mientras yo permanecía en silencio, pero escuchando con atención. Lola habló conmigo y me ayudó a desvestirme como si fuésemos amigas de toda la vida, aunque la verdad es que agradecía su cordialidad.

Nos fuimos de allí charlando hasta llegar a la puerta exterior de la mansión y, poco después, nos separamos, aunque yo ya empezaba a desear volver de nuevo.

CAPÍTULO 4

¿DESCANSO?

Recuerdo despertar en la cama ya mojada tras aquel alocado día, lo que había vivido en la mansión había afectado incluso a mis sueños. Pensar en aquella falsa orgía donde el sexo era una especie de espectáculo me tenía loca, incluso yo había formado una pequeña parte de aquel momento masturbándome allí mismo. Esos pensamientos no paraban de venirme a la mente una y otra vez encendiendo mi libido sin parar.

Solo había ido a trabajar dos días, pero ya notaba cómo estaba repercutiendo de forma negativa en mis estudios. Básicamente, porque no podía concentrarme. Cada vez que lo intentaba, mis pensamientos se nublaban recordando los sucesos en aquella mansión.

Con la cabeza hecha un lío me dirigí a la universidad, donde tenía clase. Llevaba una semana sin estudiar, pero no era algo especialmente grave. No estábamos en época de exámenes y no había demasiado qué hacer. Estar en la universidad no conseguía que mi mente volviese a la normalidad, pero podía seguir jugando a ser la más guapa y lista, eso me gustaba. Todo iba bien, incluso pude centrarme un poco y ponerme a estudiar en la biblioteca, pero al querer visitar el baño, me encontré con Lola.

El corazón se me puso a mil por hora, la vi maquillándose en el baño y ella aún no me había visto. ¿Qué debía hacer? ¿Por qué no la había visto antes en la universidad? En la mansión llevaba dos juguetonas coletas que le caían hasta la altura de los hombros, pero ahora tenía el pelo suelto. ¿Debía saludarla o estaba a tiempo de irme disimuladamente? ¿Sería amable conmigo como en la mansión? ¿Se sentiría avergonzada al verme? No sabía qué hacer, pero antes de reaccionar ella me vio.

—¿Me conoces? —me preguntó.

—Sí.

Lola se giró y me saludó con la misma amabilidad que la caracterizaba.

—¿Sabías que yo también estudio en esta universidad?

—No, no lo sabía.

—Yo sí sabía que tú estudiabas aquí. Te he visto alguna vez por esta zona.

—¿Tú también estudias ciencias?

—No, yo estoy en arte. Lo que pasa es que a veces vengo a estos baños para follarse, son muy grandes y casi nunca viene nadie.

No sabía qué decir, estaba un poco bloqueada.

—Te veo cara de preocupada. No te preocupes, chica, no voy a decir nada de nuestro trabajo en la mansión, me caes muy bien y eres famosilla en la universidad por ser muy guapa. Me ha gustado mucho verte desnuda y me encantaría hacer algo contigo algún día si te parece bien.

En ese momento, quise sincerarme con ella un poco:

—Eres muy amable conmigo, pero todavía no sé qué voy a hacer con el trabajo. Es posible que solo me quede la semana de prueba y, después, lo deje. Ya me está afectando en el día a día para los estudios.

—Yo me sentía igual que tú. De hecho, diría que lo pasé incluso peor. Era más tímida, pero conocer a Charlotte me abrió un mundo muy interesante. Ya estoy acostumbrada y puedo conciliar bien los estudios con el trabajo hasta el punto de ser un descanso para mí ir allí.

En ese momento, alguien más entró al baño y se hizo el silencio, pero la persona que había entrado se acercó mucho a Lola.

—Esta es mi pareja —dijo Lola.

Era otra chica muy guapa. Pelirroja natural, pelos rizados, unas pestañas muy largas y unos ojazos increíbles fueron algunas de las cosas en las que me fijé al verla.

—¿Quién es ella? —le interrogó a Lola.

—Es una amiga.

—¿Una amiga? Pero ella es conocida por la universidad y nunca te había visto hablando con ella.

¿Tan famosilla era? Eso me alagaba.

—Es una larga historia. ¡Por cierto! Marta, sé que es repentino, pero ¿te gustaría tener sexo con nosotras en el baño? Creo que a mi pareja también le gustaría la idea.

Lola agarró de la cintura a su pareja, prácticamente abrazándola.

—Me encantaría la verdad —dijo la pelirroja.

Aquella proposición tan repentina e indecente me sorprendió profundamente.

—Lo siento, ahora tengo cosas que hacer —rechacé.

Dije aquello sin pensar mucho. El corazón me latía a mil por hora y mi mente estaba un poco bloqueada. De hecho, mi respuesta pareció dar a entender que en otra ocasión habría aceptado.

—No te preocupes, también entiendo que no quieras por motivos personales. ¡Nos vemos luego! —exclamó Lola.

—Nos vemos.

Me fui de allí sabiendo que ellas dos iban a follar en el baño y no pude volver a concentrarme ni estudiar en todo el día.

¿Tenía ella energía suficiente para tener sexo en la universidad y, después, en la mansión? ¿De verdad le relajaba ir allí a trabajar? ¿Qué tipo de cosas estaban haciendo en el baño? No podía parar de pensar en mil cosas. ¿Lo peor? El día solo había comenzado y todavía tenía que ir por la tarde a trabajar a la mansión.

CAPÍTULO 5

EXPOSICIÓN

Pasé la mañana y el mediodía con la cabeza en las nubes tras lo que había visto en el baño de la universidad. Llegué a casa después de almorzar en la facultad y tenía unas horas para descansar y estudiar antes de ir a la mansión, pero no podía pensar en otra cosa que no fuese las posibles sorpresas que habría allí hoy para mí. Era una sensación parecida a cuando te enamoras de alguien y no puedes dejar de pensar en esa persona. Mientras me arreglaba para ir allí, me di cuenta de que esta vez tenía muchas menos dudas. Era como si una parte de mí comenzase a aceptar que aquella mansión me gustaba. Una hora después, ya estaba allí de nuevo. Toqué el timbre y Lola me abrió.

—¡Hola de nuevo!

Lola rio al verme, volvía a llevar sus características coletas y el traje de Maid.

—Hola —respondí con una sonrisa bastante sincera.

Me gustaba verla allí de nuevo y su cambio de *look* le favorecía.

—Hoy vamos a volver a limpiar y a hacer tareas de casa, como el primer día.

—Vale.

Lola me acompañó al vestidor y yo me sentí un poco decepcionada. ¿Hoy sería como el primer día? Casi me entristecía pensarlo. Cuando terminé de cambiarme, Lola habló:

—Hoy Charlotte me ha pedido que empecemos limpiando todos los juguetes sexuales. Creo que puede ser porque tiene algo preparado.

—¿Algo preparado? ¿A qué te refieres?

—Ya lo verás.

Volvió a reírse; parecía que ella sabía lo que Charlotte tenía pensado, pero no quería decírmelo.

—¿Pero te refieres a algo sexual? —inquirí.

—Eso por supuesto.

La respuesta de Lola me calmó y me encendió un poco. ¿Tantas ganas tenía yo de sexo?

—Te has puesto un poco cachonda, ¿verdad?

Lola se me acercó mucho. Pensaba que iba a decirme algo al oído, pero lo que hizo fue chuparme suavemente la oreja mientras tocaba mis bragas por debajo de la falda. Yo di un pequeño salto tras recibir esos estímulos tan repentinos, pero me excitó un poco. Me dejé llevar durante uno o dos segundos, pero me retiré con rapidez y dije:

—Me has sorprendido.

—Vaya salto has dado. ¿Te ha gustado?

Decidí no responder sin darme cuenta de que era una forma implícita de decir que sí.

—Ahora que lo pienso, en la casa tenemos prohibido tener sexo sin el permiso de Charlotte. ¡Además, llevas el colgante! ¡Se me había olvidado! —exclamó ella.

Me sorprendió la norma de Charlotte de prohibir el sexo entre empleados, pero ella parecía más sorprendida al recordar la regla de no tocarme.

—En serio, perdona. Ahora me siento mal, había olvidado que no podía tocarte. Lo siento si te he hecho sentir incómoda.

Sentí arrepentimiento en sus palabras. Ella siguió hablando:

—Cuando yo llegué aquí, una de las cosas que me hizo sentir segura fue que Charlotte me prometiera que nadie me tocaría durante mi periodo de prueba. Ahora yo he roto esa regla, lo siento.

Sin lugar a duda, Lola estaba arrepentida.

—No pasa nada, de verdad. No te pongas tan triste; me gusta más verte alegre.

A Lola le gustaron mis palabras, pero prefirió quedarse callada y simplemente seguimos limpiando. Pasaron pocos minutos cuando una alarma muy fuerte comenzó a sonar por toda la casa.

—¿Qué es eso? —quise saber.

—Charlotte utiliza la alarma de seguridad de la casa para llamarnos a todos cuando quiere hacer algo especial. Es un poco exagerado, pero funciona. Sígueme, el punto de reunión es el salón.

La alarma dejó de sonar, duró unos segundos, pero era muy estridente. Era una forma demasiado exagerada de llamarnos, pero también eficaz.

Fuimos al salón y allí estaba Charlotte sentada, el resto de los empleados estábamos de pie frente a ella y, poco a poco, llegaron todos. Hoy no estaban David y Nuria, pero estaban todos los demás que había conocido: el Mayordomo Roberto, El Cocinero Felipe, Cristina y Lola. Cuando llegaron, Charlotte habló:

—Todos habéis pasado por esta prueba. Algunos la hicisteis el último día de vuestra semana de pruebas y otros la hicisteis antes. Esta es la primera vez que la voy a proponer tan pronto. Esta prueba es para ti, Marta.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza. ¿De qué prueba hablaba?

—Creo que estás preparada para este reto, pero, si no quieres hacerlo, no pasa nada —dijo ella.

—¿De qué se trata?

—Como bien sabes, nadie puede tocarte en esta casa mientras estés en periodo de pruebas, pero hay algunas cosas que sí puedes hacer. Quiero que te masturbes delante de todos nosotros.

El corazón se me puso a mil por hora.

—Lola, trae unos cuantos juguetes variados para que Marta elija el que quiera.

Lola se fue y yo seguía sin entender bien la situación.

—No tienes por qué usar ningún juguete, pero tú misma los has limpiado y esterilizado hoy. Puedes coger el que quieras. Por supuesto, no tienes por qué hacer esto, no te estoy obligando, pero creo que es una experiencia que te gustará. ¿Qué opinas? —me preguntó Charlotte.

Estaba muy sorprendida, tenía que masturbarme delante de ellos y nunca había hecho algo así. Era verdad que ayer me había masturbado delante de mucha gente, pero ninguno me había mirado. Esta vez yo era el espectáculo.

—No sé qué hacer —expuse.

—Ayer vi que te masturbaste mientras cenábamos y me pareció muy bien. Disfrutaste viendo el espectáculo. Ahora te propongo ser tú el espectáculo y creo que podría gustarte. Inténtalo, creo que no te arrepentirás —explicó ella.

—Pues... muy bien, creo que voy a hacerlo.

—Estupendo.

Pude ver cómo algunos de los empleados se alegraron de mi decisión.

—Todos los empleados que trabajan aquí han hecho este reto. Tú eres la primera que lo hace al tercer día. Sé que es muy pronto, pero creo que serás capaz y que lo pasarás muy bien —contó Charlotte.

En ese momento, Lola llegó con una bandeja que tenía bastantes juguetes y los dejó todos sobre una mesa.

—Tendrás que subirte a la mesa para que podamos verte mejor.

¿De verdad tenía que subirme allí? Observé que incluso había una almohada de terciopelo y, para colmo, era la misma mesa de ayer donde Cristina había estado subida. Me acerqué a la mesa y vi los juguetes que Lola había traído. Estaban algunos de los que yo había limpiado y esterilizado. Nunca había usado un juguete sexual y todos me llamaban la atención. Algunos ni siquiera sabía cómo funcionaban y otros eran tan gruesos que me asustaba el simple hecho de intentar usarlos.

Fijé la atención en los más sencillos. Comenzaba a visualizarme introduciéndome alguno de esos juguetes delante de seis personas y empecé a excitarme. Por primera vez, tomé la iniciativa y hablé hacia ellos con bastante picardía:

—Nunca he usado uno de estos juguetes, pero hoy voy a hacerlo.

Charlotte se acercó a mí y me dijo:

—¿Puedo recomendarte alguno?

—Vale.

Ella cogió un pequeño consolador rosa. Era pequeño, medía unos 15 centímetros (en total, es decir, no podía meterme esos 15cm) y no tenía forma totalmente fálica, sino más bien de una bala alargada y algo doblada, pero no intentaba imitar a un pene. Tampoco era demasiado grueso.

—Si nunca has usado uno de estos, me encantaría que probases este. No es grande, pero tiene vibración.

Al parecer, en la base tenía una rueda. No tenía botones y, además, no era muy rígido. Al tacto era bastante flexible.

—Solo tienes que girar la rueda. Si la giras al mínimo, se apaga, y al máximo vibra bastante.

Ella me dio el vibrador y giré la rueda. Estaba muy cachonda, no presté mucha atención a la vibración y solo lo miraba pensando lo que iba a suceder dentro de poco.

—Muy bien, creo que lo usaré.

Lola se acercó, me dio un tarrito de lubricante e inmediatamente ella y Charlotte se alejaron de nuevo un poco.

—Ninguno de nosotros tiene permitido masturbarse mientras tú lo haces, ahora mismo tú eres nuestro espectáculo.

Estaban mirando e intentando mostrar una cara amigable y sincera, transmitiendo que aquello sería divertido y que no tenía de qué preocuparme. Es muy posible que fuese la vez que más vergüenza había estado pasando en mi vida e incluso mi cara estaría colorada, pero quería hacerlo. Me apetecía sentirme así, me excitaba sentirme así.

Me apoyé en la mesa y levanté una pierna para subirme. Estaba un poco alta, pero no hubo problema. En pocos segundos, estaba preparada para comenzar. Me envalentoné y hablé:

—Siento mucha vergüenza, pero espero que os guste lo que vais a ver.

Los miré mientras hablaba y sonrieron. Tras observarlos, volví a mirarme el cuerpo. Era hora de empezar.

Lo primero que hice fue tumbarme boca arriba. Después, doblé un poco las rodillas y finalmente abrí las piernas. El traje de Maid permitía que en aquella posición se viesen mis bragas, pero aun así levanté la parte inferior del traje para poder llegar mejor y que los demás viesen con claridad lo que iba a hacer. Llevaba unas braguitas azules que, al mojarse, pasaban a ser de un azul mucho más oscuro. No estaba especialmente mojada, pero los fluidos de mi vagina estaban allí marcados y todos pudieron verlo.

Levanté las piernas y con mis manos me quité las bragas. Ahora que lo pienso, es posible que, al hacer aquello, algunos llegasen a verme el ano durante unos segundos, qué vergüenza. En cualquier caso, tras quitármelas me vieron la vagina. Estaba depilada, sabía que llegaría el día donde tendría que exponerme en aquella mansión y quería estar preparada.

Mi coño es de esos que no llaman la atención, no tiene muchos pliegues ni se muestran especialmente abiertos, incluso cuando estoy cachonda. Sin embargo, cuando me masturbaba, me gustaba separar con mis dedos los labios de la vagina para abrirla aún más... y eso hice. Les mostré un poco mejor el interior de mi húmedo coño.

Todos me miraban, algunos se ponían la mano en la entrepierna, indicando que tenían que calmar la excitación que les estaba produciendo y eso me ponía aún más cachonda, pero lo que más me excitó fue ver la pícaro sonrisa de Charlotte. Parecía que lo estaba disfrutando.

Como ya dije anteriormente, a veces disfruto más jugando con mi clítoris que con el sexo vaginal, pero pensé que era más llamativo que jugase con mis dedos y que preparase el camino para después meterme aquel consolador, así que empecé a deslizarme dos de mis dedos por el coño, introduciéndolos suave y lentamente.

Poco a poco, fui dejándome llevar y cada vez sentía menos la presión de las miradas. Mi respiración era cada vez más marcada y me masturbaba con más intensidad. Sin darme cuenta, exhalé un pequeño suspiro con entonación de orgasmo que me sirvió para despertar. ¡Todavía quedaba el juguete!

Cesé momentáneamente y cogí aquel vibrador que, en ese momento, estaba apagado. Estaba muy mojada, por lo que no necesitaba lubricante. Así llevé aquel consolador a mi vagina y el primer contacto me sobresaltó un poco porque estaba frío. Lo metí más lento de lo que quería por su temperatura, pero era estimulante sentirlo de aquella manera. Cada vez que miraba a mis espectadores, me ponía más caliente, por lo que prefería dejar de mirarlos ya que yo estaba muy cachonda de por sí con aquel juguete.

Finalmente, lo introduje por completo y su temperatura se equilibró con la mía. Era el momento de meterlo y sacarlo. Podía hacerlo cómodamente usando solo 3 dedos de la mano ya que no era muy grande.

—Ah...

Había tenido pollas mucho más grandes dentro de mí, pero aquella situación tan novedosa para mí me estaba haciendo suspirar de placer.

—Ahh... Ah.... Sí....

Me estaba dejando llevar. Era posible que con un minuto más hubiese sido suficiente para llegar hasta el final, pero Charlotte habló:

—No olvides la vibración.

Ella tenía razón, todavía me quedaba lo más divertido de aquel juguete.

Activé la rueda sin pensar y... madre mía... no imaginé que la vibración me daría tanto placer.

—¡Dios! ¡Ahhhhhh!

La vibración posiblemente solo estaba al 30%, pero nunca había experimentado nada parecido. Lo más seguro era que las sensaciones que estaba sintiendo estarían siendo amplificadas por la situación, pero aquello era indescriptible para mí.

—¡Joder! ¡Dios!

No era para nada mi estilo decir palabrotas, pero aquello era bestial. Decidí volver a girar la rueda para darle más intensidad, lo activé sobre el 60% y aquella decisión me llevó prácticamente al orgasmo.

—¡AHHH! ¡SÍ!!!

Mis piernas temblaban con violencia delante de aquellas personas y yo me llevé una mano a la boca como si quisiese tapar los escandalosos orgasmos que estaba teniendo.

—¡SÍ!!! ¡POR DIOS! ¡ME CORRO!

Levanté la cadera temblando unos segundos y, después, volví a apoyarla en la mesa mientras me sacaba el vibrador del coño. Ya solo respiraba con fuerza, recuperando energías y mirando al techo.

Me sentía exhausta, pero también pletórica. Era una sensación maravillosa. Sentía que había compartido mi felicidad durante aquellos instantes con aquellas 5 personas que me estaban mirando. Seguía descansando allí tumbada con la mente en blanco, pero entonces Charlotte dijo:

—Me he puesto muy cachonda e imagino que vosotros también. Si queréis masturbaros, tenéis que darme placer mientras lo hacéis.

Charlotte habló, pero yo no le hice mucho caso. Estuve más un minuto mirando al techo, disfrutando el momento. Cuando me alcé, vi algo que volvió a activar mi libido.

Todos los empleados estaban actuando con Charlotte de algún modo: Cristina estaba de rodillas realizando un cunnilingus, Lola le chupaba los pechos, el mayordomo la besaba y el cocinero le lamía los pies. Era increíble cómo habían podido coordinarse de esa manera sin incomodarse, pero lo más llamativo de todo era que, además, se estaban masturbando.

Yo solo podía mirar y contemplar aquella erótica situación, pero seguía embelesada por Charlotte. Ella me enamoraba de una forma inaudita para mí. Me parecía tan poderosa y guapa que cada vez me sentía más seducida por ella.

—Tú aún no puedes venir aquí, pero puedes masturbarte de nuevo si quieres.

No lo dudé. Esta vez me senté en la mesa para ver aquel espectáculo, cogí el consolador y comencé a masturbarme de nuevo.

Yo había tenido el placer de sentir a 5 personas mirándome, pero ella tenía 4 personas teniendo sexo con ella. ¿Cómo de insuperable podía ser esa sensación? Solo imaginarlo me ponía a mil por hora.

—Si superas la semana de prueba y aceptas quedarte, tú podrás sentir lo que yo estoy sintiendo ahora. Mis trabajadores y yo tendremos sexo contigo de la forma que tú elijas.

Aquella frase me marcó desde aquel momento de forma fulgurante. Quería llegar a sentir esa cantidad de placer, parecía algo paradisíaco, utópico e inalcanzable, pero estaba ocurriendo justo delante de mí.

Es muy posible que fuera justo a partir de aquel momento cuando yo acepté mentalmente sin tapujos que quería trabajar allí.

CAPÍTULO 6

CAMBIO

Había pasado un día desde que me había masturbado en la mansión frente a ellos. Era la segunda vez que me masturbaba allí y las dos veces lo había hecho mirando o pensando en Charlotte.

Pensaba en todo lo que había vivido allí tumbada en la cama. No tenía que ir a la universidad ni tampoco tenía que ir a la mansión ese día. Esta vez estaba mucho más calmada en casa, incluso pude estudiar sin perder la concentración. Era consciente de que estaba disfrutando cada vez más las sorpresas de aquel trabajo, comenzaba incluso a sentirme afortunada. No tendría que volver allí en unos días y eso me sirvió para recuperar mi rutina emocional y social, pero seguía excitándome y masturbándome en casa cuando recordaba los hechos, aunque esta vez con mucha menos culpabilidad.

Los días pasaban y mientras más se acercaba el día de volver a la mansión, más ganas tenía de ir. Incluso recuerdo que llegué a contar los minutos que quedaban.

Pasaron las horas y al fin llegó el momento de salir de casa e ir a trabajar. Fue la primera vez en mi vida que me mojé mientras caminaba.

Llegué allí pensando en mil y una cosas, toqué el timbre y, entonces, me encontré con una sorpresa: la misma Charlotte fue la que me abrió la puerta.

—¡Hola! Hoy quería hablar contigo en persona.

—Hola.

—No te pongas hoy el traje de Maid, con el colgante es suficiente —me dijo.

Ella me dio el colgante blanco y con un gesto me indicó que entrase.

—Acompáñame.

Hicimos un recorrido que ya conocía, íbamos a la mesa del jardín en la que había estado el primer día durante mi entrevista, ambas nos sentamos allí y Roberto nos atendió para tomar algo.

Allí se respiraba tranquilidad, pero yo me sentía algo acelerada. Esta vez no eran por las sorpresas que me deparaba aquel trabajo; era un nerviosismo producido por el simple hecho de estar con Charlotte, como si de algún modo yo fuese inferior a ella. Su presencia me imponía y también me excitaba recordar las cosas de las que era capaz. Otra forma de definir aquella sensación mucho más sencilla es que ella me gustaba, pero en aquel momento yo no era plenamente consciente.

—Es verdad que eres mi empleada, pero me gustaría conocerte un poco. Pareces una chica interesante —expuso.

—Gracias, pero creo que soy bastante aburrida.

—No lo creo. Por cierto, te vas sintiendo cada vez más cómoda aquí, ¿verdad?

—Sí. Me ha costado un poco, pero hoy es el día que vengo más tranquila hasta ahora.

Ambas hablamos de forma amena durante unos minutos.

—Por tu belleza y tu forma de vestir diría que gusta llamar la atención de los hombres y sentirte guapa —declaró Charlotte.

La charla estaba siendo tan agradable que me tomé algunas confianzas.

—Últimamente llamo la atención incluso de las mujeres.

Ambas sonreímos con algo de picaresca, pero no me esperaba su respuesta:

—También llamas mi atención.

En ese momento, me dejé llevar y respondí de forma automática sin pensar en las consecuencias.

—Gracias, tú también me llamas la atención, y eso que nunca había sentido atracción por las mujeres.

Era la primera vez que dejaba mi timidez a un lado para hablar con ella. ¡Estaba actuando como cuando intentaba jugar con un chico!

—¿Te gustaría acostarte conmigo? —me preguntó.

Esa pregunta fue muy directa, pero no me dejé vencer y seguí actuando por impulsos.

—Sí que me gustaría.

Mi propia respuesta provocó que volvieron los nervios y la excitación que tenía antes de llegar a trabajar.

—¿Lo harías conmigo? ¿Aquí y ahora? ¿En el jardín? —siguió ella.

Mi respuesta no fue inmediata. Todo iba bien y me excitaba tener sexo con ella, pero hacerlo tan repentinamente en el jardín me hizo dudar. Aun así, respondí:

—Sí.

—Ahora estás más tensa, puedo sentirlo. He querido ponerte a prueba para ver hasta dónde dejabas de estar cómoda. Quiero que llegue el día en que te pregunte “¿Quieres follar conmigo?” y tu respuesta sea un “sí” sincero.

Me quedé un poco bloqueada, comencé a pensar en que había perdido una gran oportunidad.

—De todas formas, no te he mentado, siento que quiero acostarme contigo.

—Pero por tu forma de actuar diría que ha sido porque yo te lo he ofrecido. ¿Lo habías pensado alguna vez antes de mi propuesta?

Tenía razón. Me había sentido atraída y me había masturbado pensando en ella durante la cena o durante la orgía con sus empleados, pero nunca había pensado en follar directamente con ella. No había querido acostarme con Charlotte hasta que lo hubo propuesto.

No respondí, pero ella siguió hablando:

—Aun así, me siento muy halagada. Hagamos algo: cuando acabes tu semana de pruebas, si aún lo deseas, yo estaré encantada de hacerlo contigo.

—Me parece bien.

Le respondí con una sonrisa sincera.

—Tengo preparada una sorpresita para ti hoy.

Me gustó escuchar que tenía algo preparado.

—Te recuerdo que no tienes por qué hacerlo.

Ella sacó un papel y una especie de cinturón.

—Me gustaría que fueses a comprar al supermercado las cosas que he apuntado en esta lista. Lo divertido será que tendrás que hacerlo con este cinturón vibrador puesto.

Comencé a analizar el cinturón, era un juguete parecido al que había usado la última vez en la mansión, excepto porque iba unido a un cinturón y casi parecían unas bragas.

—Por eso quería que no te cambiases, quiero que vayas a comprar con tu ropa habitual, pero tendrás que ponerte antes el cinturón. También tendrás que dejar aquí las bragas.

Seguía analizando aquel cinturón. Tenía que introducirme un consolador solo un poco más grueso y largo que mi pulgar, no era especialmente grande. También tenía una pequeña protuberancia que estaba ubicada en un lugar que buscaba el clítoris. Finalmente, todo iba unido a un cinturón.

—¿Tiene vibración? —pregunté.

—Aquí.

Ella sacó de su bolsillo un pequeño aparato y pulsó un botón. El consolador comenzó a vibrar.

—Se activa a distancia, lo controlaré yo mientras tú haces la compra.

Ahora lo entendía. Ella quería activarlo mientras yo hacía la compra para ver cómo reaccionaba. Pensaba que nada podría sorprenderme tanto como los días anteriores, pero esto volvía a romperme todos los esquemas y volví a sentirme avergonzada con lo que parecía que íbamos a hacer.

—Pero, entonces, tendrás que venir conmigo.

—Sí, yo te acompañaré. Cuando estemos en el supermercado, me alejaré un poco de ti para verte desde lejos. Pondremos alguna palabra clave por si quieres dejarlo en cualquier momento y yo me encargaré de que nadie sospeche demasiado. ¿Qué te parece la idea?

—¿Crees que puedo llegar a tener orgasmo con eso? —interrogué.

—Seguro que sí.

Lo pensé durante unos segundos.

—¿Vas a hacerme llegar al orgasmo en el supermercado? —quise saber.

—¿Quieres saberlo?

Volví a pensar unos instantes y, entonces, lo decidí:

—Muy bien, vamos a comprar entonces.

—Muy bien, pues aquí te espero. Ve al vestidor para ponerte el cinturón.

Cogí aquel aparato y fui a cambiarme. Ese día llevaba minifalda y no sabía si al ponerme aquello sería muy aparatoso caminar o si sería incomodo llevarlo. Además, en ese momento, no estaba del todo excitada y, aunque el consolador era pequeño, era un poco más grande que un tampón y sabía que no entraría cómodamente, así que tomé la decisión de tocarme y excitarme un poco para conseguir que entrase. Sabía que estaba haciendo esperar a Charlotte, pero imaginaba que ella sabría el porqué. Unos minutos después, salí de allí vestida de nuevo y ella me estaba esperando.

—¿Qué tal? ¿Vas bien? —me preguntó.

—Es sorprendentemente cómodo.

La verdad es que era cómodo y disimulado. El hecho de tenerlo dentro ya me hacía estar bastante cachonda, pero incluso al caminar era flexible, sin duda estaba hecho para llevarlo puesto caminando.

Anduve un poco por el jardín para comprobar que iba bien y, unos minutos después, ambas salimos de casa. Me hacía ilusión estar con Charlotte y salir a la calle acompañándola. Recuerdo que empecé a pensar que quizás sentía algo especial por ella más allá de lo puramente sexual, pero esos pensamientos cesaron cuando ella decidió activar la vibración.

—El mando tiene 5 modos: apagado, 25%, 50% 75% y 100% de intensidad. Voy a poner el 25% para que veas cómo se siente.

—¡Ahhhh!

¿Esa intensidad era el 25%? Era increíblemente placentero. El vibrador tenía una zona específica para el clítoris y sin duda era la que más podía sentir. Con solo el 25% de intensidad ya había dejado de andar por la excitación que me producía.

—Veo que no estás nada acostumbrada a los juguetes con vibración —me dijo ella.

Yo puse mi mano en su hombro, casi sentía que podía tirarme al suelo aquel placer.

—Venga, intenta caminar.

Comencé a caminar lentamente, no podía parar de pensar en que eso era solo el 25%.

—Antes de llegar al supermercado vamos a dar un paseo para que te acostumbres. Si caminas así, destacarás demasiado —explicó Charlotte.

Me solté y caminé con algo más de ritmo. Seguía siendo un paso lento, pero poco a poco conseguía andar sin llamar la atención. Estaba segura de que ese nivel de vibración podría llevarme al orgasmo, pero descubrí algo importante: al caminar se reducía el placer que sentía.

—Parece que, si camino, puedo aguantarlo mejor.

—Muy bien. Volvamos a dirigirnos al supermercado.

El supermercado quedaba lejos, ya que habíamos andado durante un buen rato sin rumbo.

—Toma. —Ella me dio un clínex.

—¿Y esto?

—Las piernas te chorrean.

Había estado tan concentrada en el simple hecho de caminar que no me había dado cuenta de lo mojada que estaba. Me limpié con discreción en una calle donde nadie pasaba. Estábamos a punto de llegar al supermercado cuando Charlotte se separó de mí.

—Si quieres que corte en algún momento, solo tienes que decirlo o hacer algún gesto. De todas formas, yo voy a estar atenta para que no quedes muy expuesta, no tienes que preocuparte.

Ya podía ver el supermercado a lo lejos y Charlotte siguió alejándose de mí hasta alcanzar un punto en el que parecía que ya no íbamos juntas. Las puertas correderas de la tienda se abrieron y Charlotte puso la vibración al 50%.

Mi paso se volvió increíblemente más lento, pero conseguí no parar. Esta vez fue por fuerza mayor, ya que había más gente entrando y saliendo y no quería parar justo allí. También recuerdo sentir mucho calor por todo el cuerpo; sentiría tanta vergüenza que incluso mi cara estaba roja.

Mientras entraba, cogí la lista de la compra. Recuerdo que miraba las letras, pero no podía leerlas, sino que solo caminaba y hacía como que leía. No podía concentrarme. En ese momento, la vibración volvió al 25% y, aunque eso significaba que la intensidad se había reducido, ese cambio también me dio mucho placer, ya que me hizo entender que ahora yo estaba a su merced.

Esa bajada al 25% también me dio un momento de descanso que me hizo centrarme en la lista. Lo primero era comprar agua. Tenía la suerte de conocer ese supermercado. Entonces, comencé a pensar. ¿Era una suerte? ¿Estaba disfrutando con lo que estaba haciendo? ¿Quería salir de allí

rápido o no? Cogí una botella de agua y volví a mirar la lista. Un kilo de gambas era el siguiente objetivo.

Al dejar de leer, la vibración volvió al 50%.

Ahora si me quedé quieta. Me di cuenta de que, por mucho que anduviese, aquella intensidad podía hacer que me corriese allí mismo. Quería decírselo a Charlotte, pero estaba lejos y por su forma de actuar entendí que, si me acercaba ella, se alejaría. Me sentía su marioneta. No me quedó más remedio que apechugar y continuar.

Por si todas estas sensaciones fueran poco, al dirigirme a la sección de pescadería, descubrí el verdadero reto de comprar un kilo de gambas: hablar con el dependiente. Había algunas personas esperando y tenía que sacar número. Conseguí el 44 y el marcador iba por el 41. Sin duda, parar y esperar fue lo peor que podía ocurrir.

—¡Cuarenta y dos!

El pescadero atendió al siguiente cliente, pero empecé a pensar que iba a correrme antes de llegar a mi número. Me apoyé en un estante intentando calmarme. El tiempo pasaba y el puñetero señor que estaba comprando pescado no terminaba nunca. No sabía que hubiera gente que pudiese comprar tanto pescado.

—¡Cuarenta y tres!

Estaba a solo un número, pero tuve que cambiar la estrategia. Sabía que iba a correrme, así que la prioridad ahora era hacerlo lo más disimuladamente posible. Miré a mi alrededor, nadie me miraba, eso era bueno, pero lo mejor era ir a otro pasillo donde nadie me viese.

Sin duda, era la mejor opción... pero ya no podía caminar, el placer era tan grande que era cuestión de segundos que me corriese. Di la espalda al mundo para hacer como que miraba el estante, mi respiración se volvió muy rápida; tampoco me había corrido nunca estando de pie.

—¡Cuarenta y cuatro!

Era mi número, pero poco me importaba.

—¡Señora! ¿Lo tiene usted?

¿Se dirigía a mí? Me daba igual, no podía mirarle. Estaba a punto de correrme. Puse las dos manos en el estante, necesitaba sujetarme.

—¡Soy yo! Deme un kilo de gambas.

Charlotte actuó para ayudarme, pero tras escucharla no aguanté más.

—Ahhhhhh...

Comencé a correrme como una loca. Nunca había tenido un orgasmo tan placentero y hacerlo allí me excitaba todavía más. Las piernas me temblaban exageradamente, no sabía si alguien me habría visto, pero tras unos segundos de corrida tuve que hablar en voz alta.

—Corta, páralo, Charlotte.

Automáticamente, ella paró el aparato. Sentía que mi vagina seguía temblando. ¡Me asusté! Pero tras unos segundos, entendí que había sido una sensación “residual” después de tanta vibración.

—¿Todo bien?

Ella se acercó a mí.

—Sí, es que me corrí.

Mis piernas seguían temblando un poco tras el placer que había sentido y estaba chorreando por todas partes. Estaba un poco atolondrada; seguía disfrutando de aquella sensación.

—Vamos, dame la mano, movámonos despacito.

La sensación de vibración tras correrme era incómoda, pero ahora era el consolador en sí lo que me daba placer mientras andábamos. Tras un ratito caminando, fuimos al típico pasillo de vinos, donde no había nadie, y Charlotte sacó otro clínex para limpiarme. ¡Yo seguía en una nube! Cuando ella se agachó para limpiarme, fue cuando volví en mí. Ella me estaba dando la mano mientras me limpiaba las piernas.

Ese gesto tan gentil de Charlotte se repetiría en mi cabeza durante las siguientes semanas. Podríamos decir que estaba empezando a enamorarme de ella.

—¿Quieres seguir? —me preguntó.

—No.

—Vale.

—Pero porque quiero descansar; me ha encantado hacer esto.

—Se te nota, no hace falta que me lo digas.

—¿Podemos seguir de la mano un poco más? —inquirí yo.

Sin duda, seguía en una nube mental, pero era lo que quería en ese momento.

—Me encanta que me lo digas, muy bien —dijo ella.

Todavía hoy no entiendo cómo tuve el valor de decirle que me diese la mano como si hubiésemos sido pareja. Fue la excitación y adrenalina que tenía en ese momento. Al final, pagamos la compra y volvimos a casa de la mano. Cuando la miraba su sonrisa, parecía mucho más sincera que cuando tomamos el té. Seguramente, mi proposición de ir de la mano le había gustado, pero yo me sentía infinitamente más satisfecha en ese momento, sexual y espiritualmente.

CAPÍTULO 7

CASTIGO

Habían pasado unos días desde que Charlotte y yo habíamos paseado de la mano. También podía decir que habían pasado unos días desde que había ido al supermercado usando un cinturón vibrador, pero en mi mente el hecho que recordaba mejor y con más cariño era el de haber ido de la mano con Charlotte. Me estaba enamorando, era consciente y me asustaba que no me diese miedo, aunque sabía que esa relación era claramente imposible y bizarra.

Dejando a un lado el hecho de ese “cariño” que estaba sintiendo por Charlotte, ahora empezaba a pensar en otra cosa: el dinero. Si todo iba bien e iba allí 3 veces más, ganaría 2000€ y tendría la opción de quedarme a trabajar allí por 2500€ al mes. Era una cantidad de dinero increíble, lo cual hacía plantearme que quizás había truco.

¿Cómo tenía tanto dinero? ¿Lo conseguía de forma ilegal? ¿Cobran todos los empleados lo mismo? ¿Merecía tanto dinero por lo que hacía allí? ¿Acaso no era alguna forma de prostitución? ¿Realmente quería seguir trabajando en esa casa? Mi mente se inundaba con todas esas preguntas, pero al menos esa vez no me ahogaba de preocupación, simplemente me dejaba llevar mientras esperaba que llegase el siguiente día para ir allí. ¿Habría de nuevo algo diferente esperándome?

Pasaron los días y allí estaba de nuevo. Ya estaba con mi atuendo de Maid, pero esta vez ocurrió algo extraño. Roberto me abrió la puerta, le saludé y entré en la mansión para cambiarme, pero, ahora que ya estaba vestida, no sabía qué hacer. ¡No me habían asignado ninguna tarea y no había nadie a quien preguntar!

Lo primero que se me ocurrió fue entrar en la cocina, pero no había nadie. Después, volví a la entrada de la mansión, pero Roberto ya no estaba. Posiblemente, Charlotte estaría en su despacho o en su habitación, pero me daba vergüenza molestar. Podía ver el salón desde lejos, pero no parecía haber nadie. Aun así, decidí mirar más exhaustivamente y para mi sorpresa allí estaba Lola, fijada y atada en la pared.

Ella no pudo verme, tenía un antifaz puesto en los ojos y los pies y manos atados a la pared que había visto el primer día. No parecía estar incómoda, simplemente estaba de pie y prácticamente desnuda, excepto por el cinturón vibrador que llevaba puesto. ¡Era el mismo que había llevado yo el otro día! Me daba la sensación de que estaba activo y funcionaba a una velocidad de vibración superior a la que había usado yo la otra vez, pero no podía estar segura.

Ella parecía estar disfrutando y, al no saber que yo estaba allí, no sabía qué hacer. No quería hablar y molestarla. La mejor opción era irme de allí, pero también era hipnótico mirar y ver cómo se deshacía de placer, incluso comenzaba yo a excitarme al verla.

Mientras pensaba qué hacer, entró Felipe, el cocinero.

—¿Vas a usarla tú ahora?

No sabía a qué se refería y aún no tenía mucha confianza con él, además de que era bastante fuerte e intimidante, por lo que no sabía qué decirle.

—No, es decir... No sé a qué te refieres.

—¿No te ha contado nada Charlotte del castigo de Lola? —inquirió Felipe.

—No.

Lola podía escucharnos.

—Ve a hablar con Charlotte, ella te lo explicará —dijo Lola.

—¿Sabéis dónde está?

—En su oficina. Pega en la puerta, no habrá problema —contestó él.

Me marché de allí un poco extrañada. Al parecer, Lola estaba castigada, pero no sabía si era algún tipo de juego. Cuando llegué a la oficina, la puerta estaba cerrada, así que llamé con suavidad.

—Hola, Charlotte. Soy yo, Marta.

—Pasa.

Al entrar allí, estaba Cristina, esta vez de pie sin hacer nada especial. Sentí un poco de envidia al saber que ella tenía una posición tan cercana a Charlotte, aunque eso ahora no importaba.

—Dime —esperó Charlotte.

—Pues... nadie me ha dado ninguna tarea hoy, no sé muy bien si hacer lo que he hecho estos días con Lola.

—¡Es verdad! Se me había olvidado, hoy ibas a trabajar con Lola, pero la he castigado y se me ha olvidado que ella tenía tus tareas.

¿La había castigado? No entendía nada.

—Siéntate, voy a explicarte un poco lo que ha pasado. Cristina, ve un rato con Lola si quieres.

—Muy bien.

Cristina se fue y me quedé a solas con Charlotte.

—En esta casa tenemos muchas reglas que sirven para que todo vaya bien. Una de esas reglas son las relacionadas con los colgantes, como ese que llevas ahora —explicó ella.

Ella se refería a mi colgante blanco que indicaba que yo estaba allí como invitada y nadie podía tocarme durante ese tiempo.

—He tenido otros trabajadores en el pasado y a veces he tenido problemas. Algunos se pusieron agresivos y otros se volvieron muy enfermizos. Con el tiempo he aprendido a escoger mejor a mis trabajadores y estoy muy contenta porque ahora mismo confío plenamente en todos, incluso tú comienzas a transmitirme seguridad.

Ella hablaba de forma bastante genérica, pero poco a poco comenzó a concretar.

—Lola me dijo ayer que te tocó de forma lasciva mientras trabajabais —apuntó.

¿El castigo era por ese motivo?

—Me lo dijo arrepentida y me lo confesó. Lola es una gran trabajadora en esta casa y jamás la despediría por algo así, pero lo que hizo no está bien porque quería que tú tuvieses total seguridad y, al final, se propasó contigo.

—No me hizo nada, me tocó muy poco y, después, me pidió perdón.

—Lola me contó cómo había ocurrido y es verdad que fue muy poco, pero hizo varias cosas bastante mal. La primera fue que te hizo sentir incómoda y si por su culpa tú hubieses abandonado la mansión, me habría enfadado. Además, intentó ligar contigo y prefiero que mis trabajadores tengan sexo solo conmigo en la casa. Bueno, David y Nuria sí pueden hacerlo juntos, pero porque son pareja y, además, ellos también lo hacen conmigo.

—¿Y en qué consiste el castigo?

Yo hablé con un poco de miedo y eso se plasmó en mi voz. Charlotte rio.

—El castigo aquí es un juego. Para muchos aquí el castigo es más bien un premio.

Por la forma de hablar de ella parecía que no tuviera de qué preocuparme.

—Cuando un trabajador hace algo mal, hacemos "*el castigo*". Básicamente consiste en que todos los trabajadores de la casa podemos hacer lo que queramos con ella. Por supuesto, ella puede negarse y nadie puede reprochárselo. Ya hemos hecho muchos otros castigos antes, a veces los hacemos cuando alguien rompe algo o cuando alguien llega tarde.

Ella hizo una pequeña pausa para darle importancia a lo que iba a decir:

—Lo más importante de los castigos es que, si recibes varios castigos, alguno sí que puede ser el último antes de ser despedido.

Siguió hablando. Al parecer, ya había habido varios castigos antes y tenían unas reglas muy concretas.

—Actualmente, estoy muy contenta porque no quiero despedir a ninguno de mis trabajadores. Para que te hagas una idea, es el primer castigo de Lola en los 6 meses que lleva aquí trabajando. Lo que sí que me ha sorprendido es que Lola también se haya fijado en ti.

Esa última frase me hizo pensar. ¿Había dicho Charlotte de forma indirecta que yo le gustaba?

—Bueno. ¡Menos hablar y más actuar! Sígueme —exclamó.

Ella se levantó y ambas fuimos al salón. Allí me sorprendió la escena que estaba ocurriendo. Lola seguía atada y con los ojos tapados, pero no estaba en la pared, sino tumbada boca abajo sobre una mesa bastante pequeña y cada una de sus extremidades estaban unidas a las patas de esa mesa con la ayuda de unas esposas.

Cristina percibió nuestra presencia cuando ambas entramos al salón, pero eso no pareció afectarle en lo que estaba haciendo. Sin dudarlo, levantó la mano y... ¡zas! Le dio un tortazo bastante sonoro a una de las nalgas de Lola.

—¡Ahhhh!

Cristina estaba azotando a Lola, es decir, ella estaba infringiéndole un daño físico. Charlotte me habló al oído en ese momento:

—Recuerda que Lola está haciendo esto porque le gusta. Si no le gustase, podría dejarlo.

Su culo no parecía decir lo mismo, pero entonces Charlotte habló más fuerte:

—Tengo una pregunta. Del uno al diez, ¿cuánto te está gustando el castigo ahora mismo, Lola?

Ella tardó un poco en responder:

—Ocho.

—¿Por qué no es diez? —interrogó Charlotte.

—Quiero correrme, pero no puedo.

¿Tanto le gustaba ser azotada? Me costaba creerlo, pero, cuando miré mejor, pude ver su coño muy mojado. Lola no mentía. No podía dejar de verle el culo y, mientras lo miraba, Cristina le dio otro azote incluso más fuerte que el anterior.

—Marta, tu tarea de hoy es supervisar a Lola. El resto de los trabajadores irán pasando por aquí y tú tendrás que ver las cosas que le hacen —ordenó Charlotte—. Por cierto...

En ese momento, ella se dirigió a Lola:

—¿Lola, le damos permiso a Marta para que ella te castigue también?

—¿Me lo merezco, mi ama?

—Claro que sí. Marta, nadie va a tocarte en esta casa, pero si tú quieres, hoy puedes tocar y castigar a Lola todo lo que quieras cuando los demás acaben. Eso es todo, Cristina, puedes seguir.

Charlotte se fue de allí y yo me quedé mirando cómo Cristina le golpeaba el culo a Lola. Era impactante ver que estuviera golpeando fuerte, incluso podía verse la forma de la mano en sus nalgas. No la golpeaba de forma muy seguida, pues tardaba bastante en hacerlo y a veces la golpeaba muy débilmente intentando sorprenderla y sobresaltarla.

—Qué situación, ¿verdad? No habíamos hablado nunca y ahora te toca mirar cómo azota a Lola.

Efectivamente, era una situación muy extraña. Cristina intentó ser amable, pero realmente era incómodo hablar con ella en esa situación.

—Sí. —Reí un poco al responder intentando ser cordial.

—¿Te gustaría masturbarte conmigo mientras azotamos a Lola?

Me costaba entender que infringir daño físico a una persona pudiese proporcionarle un estímulo sexual. Esta era una situación chocante y estuve cerca de negarme, pero Lola habló y me hizo cambiar de opinión:

—Marta, por favor, castígame fuerte —me pidió Lola.

—¿De verdad te gusta esto? —le pregunté.

—Sí.

En ese mismo momento, Cristina azotó el culo de Cristina con fuerza, justo entre ambas nalgas, lo que hizo que se moviesen y se contoneasen con bastante sensualidad.

—¡Ahhhh!

Aquel fue un grito de dolor y placer que vergonzosamente me estimuló un poco por dentro. Es complicado explicar lo que sentía, me apetecía un poco azotarle el culo, pero para complacerlas a ellas, no a mí. En ese momento, tuve una interesante idea, me acerqué a Cristina y le propuse algo al oído para que Lola no lo escuchase:

—Qué te parece si yo castigo a Lola y tú observas y te masturbas mientras tanto.

Cristina sonrió, me miró y me cogió de la mano para sacarme de la habitación. Parecía que la idea le había gustado y me sacaba de allí para decirme algo más sin que Lola nos escuchase.

—Me parece bien, sígueme.

Ella accedió, pero nos estábamos alejando del salón.

—Vamos a coger algunas cosas —dijo ella.

Llegamos a la habitación donde estaban todos los juguetes sexuales y Cristina comenzó a elegir algunos. Primero, cogió algo parecido a unos auriculares, después, agarró una fusta y finalmente cogió un consolador bastante grande y grueso que también tendría opción vibratoria.

—Te propongo algo, entramos sin hacer ruido y le tapamos los oídos, así no sabrá quien la está azotando —explicó ella.

Entendí que aquellos auriculares no eran para escuchar, sino más bien unos aislantes de sonido.

—¿Y el resto de las cosas?

—La fusta es por si quieres usarla y el consolador es para mí —aclaró.

Ella parecía bastante excitada con la situación y la verdad es que era un poco contagioso. Salimos de allí y, antes de llegar, nos encontramos con Roberto, que parecía que también iba buscando a Lola.

—¿Quién va primero? —preguntó él.

—Shhh.

Cristina le pidió silencio a Roberto de forma amigable y los tres entramos en el salón sin hacer ruido. Lola seguía allí, atada en la mesa con su culo expuesto y golpeado. Además, no nos había escuchado entrar. Cristina se acercó a ella más que nosotros con la intención de ponerle aquellos cascos anti-sonido en los oídos y, al ponérselos, Lola dio un pequeño bote.

—¡Jope! ¡Qué susto! —exclamó Lola.

Al ponerle aquellos cascos, Cristina levantó el pulgar indicándonos que el plan iba bien, aunque Roberto no sabía de qué iba la cosa. Mientras, Lola volvió a hablar:

—No sé quién eres, pero, por favor, ayúdame a correrme. Llevo un rato muy cachonda.

Cristina comenzó a hablar sabiendo que ella ya no podía escucharnos:

—¡Ya está! Podemos hablar, no sabe que estamos aquí los tres.

Cristina miró a Roberto y le habló directamente:

—Habíamos salido un momento a coger algunas cosas. Estábamos ahora nosotras con ella, pero puedes quedarte si quieres.

—Muy bien, me apunto —aceptó él.

Parecía haber buena complicidad entre ambos. Cada día que pasaba en la mansión me demostraba la buena afinidad entre todos los empleados.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó Roberto.

—Marta va a azotar a Lola mientras me masturbo.

¡Aquello me dio mucha vergüenza! Parecía que yo había planeado aquello cuando, en realidad, era una víctima de los planes de Lola y Cristina, o al menos así me sentía.

—O sea, me lo han propuesto y al final he acabado accediendo. —De alguna manera intenté excusarme.

—¿Puedo sumarme al plan? —pidió Roberto.

—Claro —contestó Cristina.

—¿Azotarla tú también o...? —intenté saber.

—No sé, tú empieza —respondió él.

Roberto se sentó y, después, lo hizo Cristina. Todos estaban en su posición y, antes de darme cuenta, el momento había llegado. Tenía que golpear el bonito culo de Lola con mis manos. No sabía cómo hacerlo, me sentía mal pensando que le haría daño físico, aunque a ella le gustase. Me acerqué a Lola despacio, levanté la mano y... le di un suave golpe.

—¡Ahh!

Ese grito no fue de placer ni de dolor, fue de sorpresa. Ella tenía el sentido de la vista y el oído anulados, por lo que no sabía qué podrían hacerle.

—Ese golpe tan flojito... ¿Eres tú, Marta?

¡Me había descubierto! Por alguna razón, seguía actuando con cuidado como si pudiese escucharme, pero Cristina volvió a hablar:

—Dale más fuerte —me dijo Cristina.

Volví a golpear uno de sus glúteos, esta vez con más fuerza, pero sabía que era poca cosa en comparación a los azotes que Cristina le había estado dando antes.

—Ahora le está gustando más porque no sabe cuándo van a darle —siguió Cristina.

—Ella está chorreando. Tiene ganas de correrse, creo que después me la follaré —expuso Roberto.

Mientras hablaban, yo le di algunos azotes más. pero algo fallaba. Seguramente, mi actitud. Lo intenté un par de veces más y Roberto se levantó.

—Mira —dijo él.

Roberto alzó la mano y le dio en el culo a gran velocidad. El golpe parecía haber sonado por toda la casa.

—¡Ahhhhhh!

Ahora sí le había dolido, incluso movía las piernas.

—¡Diossss! —seguía gritando Lola.

—No te cortes, lo está deseando —me aconsejó él.

—Prueba con esto. —Cristina me ofreció la fusta.

Yo la cogí sin saber muy bien cómo funcionaba. Creo que ninguno de los dos me dijo nada para que no supiese el daño que podía llegar a hacer ese objeto tan aparentemente inofensivo.

La fusta era pequeña y el extremo era de cuero, parecía un juguete con el que fingir que golpeas con fuerza. Yo, de forma inconsciente, usé la misma fuerza que estaba usando antes, pero esta vez mientras sujetaba aquel objeto.

—¡Diossss!

Pude notar por la reacción de Lola que fue un fuerte golpe, lo cual me sorprendió ya que había usado la misma intensidad que antes. Entendí que aquel objeto acrecentaba la fuerza.

—Creo que ahora si me estoy poniendo cachonda —dijo Cristina.

Encendió el vibrador y se tocó con la otra mano, y Roberto se bajó los pantalones y los calzoncillos dejando su pene erecto al aire. Entendí que iban a masturbarse mientras yo seguía azotándola. No tenía más remedio que seguir, me lancé y volví a golpear con la fusta incluso un poco más fuerte.

—¡Ahhhh! Diossss ¡Joder!

Ella movía las piernas como si intentase deshacerse de las ataduras. Sus movimientos me hacían sentir mal, pero sus palabras me encendían.

—Creo que voy a correrme con los golpes —dijo Lola.

El tercer golpe lo di al revés, como si de una raqueta se tratase.

—Ahhhh...

Miraba hacia atrás y podía ver que Cristina y Roberto se estaban masturbando. Yo decidí golpear de nuevo dándole el golpe más fuerte hasta ese momento.

—Jooodeeer, me cago en la puta.

Tras este golpe, todo cambió. Ella se retorció de dolor, pero algo increíble ocurrió: un hilo de fluidos le cayó desde la vagina hasta prácticamente el suelo. Ella comenzó a mover la cadera intentando encontrar algo con lo que correrse mientras casi lloraba. Sentí mucha pena al ver que estaba tan cachonda y no podía alcanzar el orgasmo. Por si fuese poco, al mirar su culo, podían verse las marcas de los golpes que le había dado.

Roberto se puso en pie y se acercó hasta la cabeza de Lola mientras se masturbaba. Vi que tenía intención de correrse en su cara. Cristina estaba tumbada en el sofá con las piernas abiertas y parecía estar muy cerca del orgasmo, todo parecía fluir sin necesidad de hablar y yo decidí terminar con el sufrimiento de Lola. Puse dos de mis dedos en su vagina de forma muy superficial, sin llegar a hacer nada especial. Ella movía la cadera intentando aprovechar que unos dedos la tocaban. Rápidamente, me bajé las bragas, las lancé por el salón sin fijarme en donde caían y

empecé a masturbarme con una mano mientras la otra tocaba la vagina de Lola. Tengo que admitir que no disfruté especialmente con aquellos azotes, pero me puse a mil por hora cuando todos comenzamos a masturbarnos. Nunca había metido los dedos en otra vagina, por lo que (de forma inconsciente) puse también mis dedos en mi coño e intentaba hacer lo mismo en mí misma y en ella. Poco a poco, le metí los dedos mientras yo también me los metía. Fue excitante sentir cómo todos sus fluidos llenaron mi mano. Ella estaba tan mojada que me sentía muy implicada, era como si yo también estuviese igual. Era tal la conexión que le pedí algo a Roberto:

—Quítale los cascos.

Roberto le quitó aquellos extraños auriculares y siguió masturbándose.

—Espero estar haciéndolo bien —le dije a Lola.

—¡Marta! ¿Eres tú la que me está tocando?

La vagina de Lola comenzó a tener espasmos. ¿Así se sentía un orgasmo desde fuera? Ella comenzó a gemir. Sin duda, se estaba corriendo y, por si fuese poco, Roberto comenzó a eyacular en su cara manchándole incluso la boca y el antifaz. Todos aquellos estímulos provocaron que finalmente yo también me corriese con ellos. Tras el orgasmo, decidí tumbarme sobre Lola mientras sacaba los dedos de su vagina y comenzaba a acariciarle el culo.

Nos quedamos en silencio descansando, aunque el orgasmo de Lola duró algo más, quizás por el placer acumulado. Yo le acariciaba los glúteos y ella seguía corriéndose (quizás saqué los dedos muy pronto), pero tras unos segundos ella dejó de gemir y temblar.

—Muchas gracias, Marta.

Ella habló un poco acelerada, se notaba que acababa de correrse.

—No me lo agradezcas, he sido yo la que te ha estado azotando también —dije.

Lola tardó unos segundos en responder, parecía sorprendida.

—Eso me pone más aún, ha sido increíble —confesó ella.

Tras aquello, me levanté y me senté en el sofá para descansar. Ella permaneció atada un poco más.

—¿Tienes ganas de que te folle ahora? —le preguntó Roberto.

—Sí, por dios, fóllame. Tengo muchas ganas de seguir —le pidió Marta.

Yo me quedé allí viendo cómo ambos follaban y no pude evitar volver a masturbarme. No sé cuánto tiempo pasó, pero estuvimos allí un buen rato hasta que Charlotte entró de nuevo. —Ya habéis estado con ella un rato, ¿no? Ahora me toca a mí. Ya podéis volver a casa si queréis.

Charlotte nos dejó salir antes a todos excepto a Lola. Ella también quería castigarla. Recogí mis cosas junto a los demás y, de camino a casa, me di cuenta de que tenía envidia de Lola. Si por mí fuese, me habría quedado allí trabajando o haciendo cualquier cosa que Charlotte me hubiera pedido.

CAPÍTULO 8

CONFESIÓN Y CONTRATO

Nunca había sentido que la vida pudiese tambalearse de una forma tan positiva. En mi mente todo estaba desordenado, pero era placentero sentirme así. Me cuestionaba mi orientación sexual, mis límites en el sexo, mis principios morales y si todo lo que ocurría allí era correcto, pero cada vez que pensaba en cualquier cosa relacionada con la mansión, acababa masturbándome. Jamás había estado tan cachonda.

Me dirigía de nuevo a trabajar mientras pensaba en Lola. Le había metido los dedos y no podía olvidarlo, no sabía cómo actuar cuando volviese a verla, pero ese problema iba a resolverse pronto. Al llegar allí, fue ella la que me abrió la puerta.

—Hola —me dijo.

—Hola.

Ella estaba un poco menos efusiva que de costumbre, imaginaba que era por lo que había sucedido entre nosotras.

—Charlotte quiere hablar con nosotras.

Eso no me lo esperaba.

—¿Solo con las dos? —pregunté.

—Sí.

—¿Crees que será algo malo? —interrogué.

—No creo.

Ella me acompañó al vestuario antes de ir con Charlotte. Mientras me desvestía, decidí hablar:

—¿Sabes? Esto es nuevo y diferente para mí, nunca había hecho nada con otra chica.

—Es un honor entonces haber sido la primera. ¿Te gustó?

—Sí... pero no fue solo eso, la situación me excitó bastante también. ¿Cómo tienes el culo? ¿Te duele?

Lola se levantó la falda y deslizó las bragas para enseñarme una de las nalgas. Estaban rojas y con algunas heridas. Me sentí muy mal al verlo, pero, antes de poder decir nada, ella habló:

—Tener el culo así me pone a 100.

—¿De verdad?

—Ojalá algún día puedas repetírmelo.

Esas palabras me pusieron un poco cachonda, pero lo disimulé y no dije nada. Seguimos charlando un poco más y parecía que todo volvía a la normalidad entre Lola y yo. Eso me gustaba, ya que me sentía muy cómoda con ella, pero antes de darme cuenta ya estábamos frente al despacho de Charlotte. Lola golpeó la puerta animadamente.

—Adelante.

Ambas entramos en el despacho.

—Cristina, dejamos a solas un momento —pidió Charlotte.

—Sí, mi ama.

Ella salió del interior del escritorio de Charlotte y abandonó la habitación. Esta vez había dos sillas allí, por lo que ella nos estaba esperando. Al sentarnos, Charlotte habló:

—Tengo que decir 3 cosas: una a Marta, otra a Lola y otra a las dos. Empezaré contigo, Lola. ¿Qué tal los castigos?

—Maravillosos, me he sentido como usted durante un día, he tenido la atención de todos los trabajadores.

—Cuéntame los castigos que te han hecho.

—El primero fue el suyo, me dejó atada en la pared durante horas con el consolador dentro y los ojos tapados. Después, llegó Felipe y me hizo beberme su semen en un condón mientras seguía atada. Seguramente había más de una corrida, tuve que tragar mucho.

—Sí, a Felipe no le dejo masturbarse y acumula mucho semen. Ese día lo dejé correrse, así que seguramente te dio lo que pudo.

—Después, llegó Cristina, cambió mi posición, me ató en la mesa y comenzó a azotarme. Después, llegó Marta, las dos me taparon los ojos y los oídos y me azotaron más fuerte. Todavía no sé bien si fue Cristina o Marta la que me azotó con tanta pasión.

Había sido yo, sentí bastante vergüenza en ese momento.

—Mientras me azotaban, también llegó Roberto y se corrió en mi cara. Después, estuvo un rato follando conmigo, incluyendo sexo anal y ya, al final, volví a quedarme a solas contigo, Charlotte. Aunque eso ya más que un castigo fue una bendición.

Yo me había ido y no había visto esa parte, pero el pene de Roberto era bastante grande y el anal debía de haber sido realmente doloroso con él, o al menos eso pensaba ya que nunca había tenido sexo anal.

—Muy bien. Hoy están aquí David y Nuria, que no pudieron castigarte el otro día. ¿Te parece bien si te castigan hoy?

—¡Claro! Qué bien, me encanta la idea.

—Bueno, ahora otro asunto que os concierne a las dos. Es la primera vez que veo que dos de mis trabajadores se llevan tan bien. Me parece estupendo, pero quiero aclararos que a partir de ahora no podréis tener sexo entre vosotras sin mi permiso.

—A mí me gusta Marta, es verdad, pero estoy enamorada de usted, Charlotte, y haría lo que fuese por mi ama. Lo que hice con Marta fue un error y por eso asumo el castigo.

—A mí me gustaría hablar en privado contigo, Charlotte —le dije.

Fui un poco aguafiestas al decir eso, pero seguía sintiéndome un poco más incómoda con Lola que con Charlotte.

—Muy bien. Lola, puedes irte. Creo que David y Nuria te esperan en el jardín para tu castigo.

—Muy bien, mi ama.

Lola se fue y me quedé a solas con Charlotte.

—Tengo una cosa que decirte, pero creo que querías decirme algo antes.

—Solo quería decirte que esto sigue siendo muy intenso para mí. Cada día me sorprende y con Lola me llevo muy bien, pero realmente no quería nada con ella, solo me dejé llevar y...

Charlotte me interrumpió:

—No hay ningún problema. De hecho, me alegro de que te estés liberando así.

Ella elogió mi actitud y, de alguna forma, yo para agradecérselo decidí decir lo que verdaderamente sentía sin pensar mucho en las consecuencias:

—Lola acaba de decir que está enamorada de ti. Yo nunca me había sentido atraída por una mujer, pero de alguna forma me siento atraída por ti, Charlotte.

Tras decir aquello, hubo un pequeño silencio. Empecé a sentir el peso y las consecuencias de mis palabras; básicamente era una declaración de amor.

—Lo que acabas de decir... —murmuró.

Pude sentir que a Charlotte le habían gustado mis palabras y ahora éramos las dos las que estábamos en blanco.

—Todos los que trabajan aquí me han dicho eso en algún momento, y yo también siento algo especial por mis trabajadores. Es muy difícil de explicar, pero me gustaría decirte que yo también siento algo por ti.

Me quedé impactada, ella estaba confesándome que también sentía algo, pero que tenía una relación similar con los demás. ¿Cómo debía de sentirme?

—Marta, este tipo de relación es muy complicada por mi forma de ser. Soy una dómina, me encanta dominar a los demás y, por si fuese poco, también siento algo por el resto de personas que trabajan aquí. ¿Te gustaría enamorarte de mí sabiendo esto?

—Lo hablamos hace unos días en el jardín y, desde entonces, lo he estado pensando. Con Lola lo pasé muy bien el otro día, pero a quien no puedo quitarme de la cabeza es a ti. —Yo seguía diciendo lo que sentía sin filtros.

—Ponte de pie.

Hice lo que me dijo, ella también se levantó y se acercó a mí.

—¿Te masturbas pensando en mí? —preguntó.

—Sí.

—¿Qué te gusta imaginar que me haces o que yo te hago?

Hablaba y seguía acercándose a mí.

—Me gusta imaginar que te hago un cunnilingus mientras me masturbo, aunque no sé si sabría hacerlo bien.

—¿Y qué estarías dispuesta a hacer por mí?

—Por ahora, todo lo que he visto en esta casa.

Yo era bastante más alta que ella y parecía que quería besarme.

—Ponte de rodillas —me ordenó.

Me puse de rodillas y ahora era yo quien tenía que levantar la cabeza. Cuando la miré, ella agachó la cabeza para besarme. Charlotte me agarró de la cabeza y me besó. Fue un beso muy apasionado, rápidamente comenzamos a abrir la boca y nuestras lenguas comenzaron a jugar. Incluso en este juego de lenguas ella quería dominar. Su lengua entraba en mi boca como una serpiente alocada, pero cuando yo intentaba lo mismo, ella me atrapaba con los dientes.

Aquel beso duró mucho tiempo. Recuerdo cómo me mordía los labios, cómo movía la cabeza mientras me besaba y cómo me tiraba del pelo. Por mi parte, yo le seguía el juego intentando no quedarme muy atrás en aquel tira y afloja, pero cada vez estaba más cachonda. Justo cuando empecé a querer tener sexo con ella, Charlotte dejó de besarme y de un pequeño salto se sentó en el escritorio mientras se bajaba velozmente los pantalones.

—Voy a cumplir tu fantasía. Ven aquí y haz que me corra con tu lengua —me dijo.

Lanzó los pantalones por la habitación y no llevaba bragas, por lo que pude ver su sexo por completo. Nunca había visto un coño tan perfecto. Estaba totalmente rasurado y sus labios vaginales apenas se notaban. Sin embargo, se mostraba claramente húmedo y algo abierto.

Nunca había comido un coño, pero era el momento de hacerlo como yo había querido que muchos hombres me lo hubieran hecho en el pasado. Me acerqué a ella cara a cara y, sin vacilar, volví a besarla. Un último beso antes del destino final.

Agaché la cabeza indicando que iba a hacerlo y ella dejó caer el cuerpo sobre el escritorio quedando prácticamente tumbada y las piernas bien abiertas. Todo parecía estar en el lugar y la altura perfectas para que yo comenzase a hacerlo.

Puse las manos en su abdomen y ahora sí llegó el momento. Tenía su coño muy cerca de la cara, pero incluso antes de tocarlo ya me estaba mojando. Me había tocado en casa varias veces imaginando una situación así, pero no había pensado que se cumpliría tan pronto, sobre todo, teniendo en cuenta que habíamos impuesto la regla de que nadie podía tocarme, regla que estábamos rompiendo.

Posé la punta de mi lengua en la parte superior la vagina y comencé a separarle los labios intentando buscar desde primera hora su clítoris. A los pocos segundos de comenzar a lamer, pasó algo inesperado: me desconcentré saboreando su flujo. El sabor era adictivo, no era especialmente sabroso, pero como si de una droga se tratase, deseaba seguir chupando y bebiéndolo como si fuese agua para una persona sedienta.

Comencé aquel cunnilingus buscando el clítoris, pero, al dejarme llevar, empecé a recorrerle todo el coño con la lengua, de arriba abajo. No sé cuánto tiempo pasó, estaba dejándome llevar por los impulsos y me estaba excitando muchísimo mientras lo hacía. En mi interior sentía que podía llegar a correrme sin tocarme la vagina. Estaba tan cachonda que parecía que estaba recibiendo un cunnilingus en vez de hacerlo.

Todo iba estupendo, no podría seguir describiendo cómo estaba lamiendo su coño porque mi conciencia estaba en blanco. Solo me dejaba llevar, pero entonces escuché un pequeño gemido de Charlotte y eso cambió la situación. Escogí dejar mi placer a un lado y centrarme en hacer que se corriese. A partir de este punto, recuerdo con más claridad lo que ocurrió. Decidí buscar con la lengua el clítoris de Charlotte y darle un orgasmo clitoriano. Todo parecía ir estupendamente bien, pero entonces Charlotte habló:

—¿Podemos parar un momento?

Me quedé congelada, con esa pregunta pensé que estaba haciéndolo mal.

—Es mi primera vez haciendo esto, lo siento.

—¡Nada de eso! Es que quiero pedirte algo.

Charlotte se incorporó mientras se recolocaba un poco la ropa.

—Verás, estoy muy sorprendida. Como bien sabes, Cristina trabaja aquí casi exclusivamente comiéndome el coño cada día y lo hace muy bien, pero quiero comprobar algo contigo. ¿Podrías sacar la lengua?

Su petición me sorprendió, pero accedí.

—Perdón, no me expliqué bien, sácala todo lo que puedas —me pidió.

Ahora comenzaba a comprender lo que ocurría, saqué la lengua lo que pude y ella puso una cara entre sorprendida y fascinada.

—¡Increíble! Ahí está la clave. ¡Tienes una lengua muy larga!

Ella tenía razón, alguna vez me lo habían dicho. Nunca había sido algo negativo ni positivo para mí, pero en esta situación había resultado ser muy útil.

—Mientras chupabas, sentía que podía llegar a correrme por completo, una corrida vaginal, pero vi que te centraste en mi clítoris y me parece bien, aunque nunca he tenido un orgasmo vaginal con un cunnilingus y quería pedirte que siguieses buscando el interior de mi vagina.

Lo que ella estaba pidiéndome era que usase la lengua como si fuese una polla entrando en su coño, que me follase su vagina con la lengua. No perdí ni un segundo más. En vez de responder, la empujé suavemente indicando que se tumbase de nuevo. La segunda parte estaba a punto de comenzar.

Volví a tener frente a mí su sexo y, sin necesidad de mirar, comencé de inmediato a chupar. Primero, lo lamí como si fuese un helado buscando abarcar toda la superficie e intentando recoger todos los fluidos que ella estaba soltando (me estaba volviendo adicta). Esta vez había mucho más líquido vaginal, posiblemente acumulado por la excitación tras la pausa.

Tras dejarlo todo bien limpio, busqué de nuevo el interior de la vagina, lo encontré con facilidad y comencé a jugar con mi lengua dentro de ella.

—Dios, dios, sí, sí, sí. Ahí... ahí...

Volví a perder la cabeza al escucharla, chupaba tan intensamente que podríamos decir que me la estaba follando, algo que suena bastante impensable si no fuese porque mi lengua realmente era grande y larga. Intentaba no solo lamer, también movía la lengua por dentro de ella, la giraba y torcía como si buscase algo dentro y, al mismo tiempo, volvía a sentir un increíble placer, aunque no estuviese masturbándome.

Llegados a este punto, tengo que confesar algo. Lo cuento justo ahora porque fue en ese momento cuando yo comencé a sentirlo. Al parecer, si empatizo lo suficiente y la situación ayuda... soy capaz de correrme sin necesidad de masturbarme de forma directa. Yo no lo sabía en ese momento, pero de alguna forma cuando veo o toco una vagina que no es la mía, mi mente actúa imaginando que sí lo es. Algo parecido me ocurrió al masturbar a Lola cuando estaba atada y yo la azotaba.

En este caso, empecé a sentir cómo las piernas de Charlotte comenzaban a temblar y las mías también empezaron a hacerlo. Seguidamente, ella comenzó a gemir y, por algún motivo, yo gemía con ella. Unos segundos después, ella puso las manos en mi cabeza y me atrapó con las piernas, lo que me dificultaba un poco la respiración, pero en ese momento no me importaba no respirar, solo quería seguir chupándole el sexo. Por otra parte, mis manos le agarraban la

cintura con fuerza, demasiada fuerza quizás, ya que estaba sintiendo que llegaba a mí un orgasmo y yo misma no era consciente.

—¡Dios! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Me voy! —gritó.

Las piernas de Charlotte temblaron con mucha fuerza indicándome que se estaba corriendo. Yo comencé a temblar también y mis movimientos se volvieron más erráticos. Charlotte podía notar lo que seguía atrapándome con las piernas.

—¡Ahhh...! ¡Ahhh! —gemí.

Me estaba corriendo con solo lamerle el coño. Unos segundos después, mi lengua seguía dentro de ella, pero yo dejé de moverme. Casi podría decirse que estaba empezando a descansar justo frente a su coño. Ella comenzó a acariciarme la cabeza y me preguntó extrañada:

—¿Te has corrido?

—Creo que sí.

—Pero ¿cómo lo has hecho? Tenías las manos agarrándome la cintura.

—No lo sé.

Ella rio con suavidad y me indicó que me levantara y me tumbara junto a ella para descansar.

—Ha sido increíble, de verdad. Nunca me lo habían comido así de bien.

Oír aquello me alegró.

—Aún te queda un día de prueba en esta casa, aunque yo estaría encantada de contratarte ya. ¿Tú qué opinas?

—Para mí sería un placer.

—Muy bien. Mañana celebraremos por todo lo alto tu último día de prueba. Seguiremos imponiendo la regla de no tocarte, aunque hoy nos la hemos saltado bastante.

Ambas empezamos a reír. Tras aquel comentario, estuvimos un rato más allí las dos tumbadas descansando. Sin duda, ese tipo de cosas seguían haciendo que me enamorase de ella cada vez más.

CAPÍTULO 9

EL ÚLTIMO DÍA

Si todo iba bien, si todo seguía así... Charlotte me contrataría como empleada en la mansión, y solo quedaba un día de lo que ella llamaba "periodo de prueba". Al levantarme de su escritorio, ella me dio el contrato que tenía preparado para mí y me dijo que podía llevármelo a casa para leerlo con tranquilidad. Al parecer, lo que había querido decirme antes de mi confesión amorosa había sido que ya tenía el contrato preparado.

Una vez en casa, pude comprobar que era un contrato de empleada de la limpieza y no tenía nada de especial, excepto los 2500€ netos que cobraría al mes. ¿Cómo podía tener Charlotte tanto dinero? La verdad era que la veía trabajando bastante, pero desconocía su oficio.

Sentía que aceptar aquel empleo debería tenerme... ¿preocupada? ¿Ilusionada? Sin embargo, mi mente no podía dejar de pensar en otra cosa distinta; Charlotte me había dicho antes de volver a casa en qué consistiría mi último día de prueba. Era la primera vez que sabía con anterioridad lo que me esperaba en esa casa.

Según ella, esta vez yo podría elegir el día para ir a trabajar a cambio de pasar allí un día completo, incluso podría dormir en la mansión. Una vez allí, todos los empleados estarían esperándome y yo podría hacer lo que quisiera con ellos, es decir, yo sería Charlotte por un día.

La posibilidad de tener a tantas personas para mí me tenía excitadísima, no podía parar de pensar ideas: montar una orgía, tener sexo con todos de uno en uno o incluso ordenarles tener sexo entre ellos, pero lo mejor de todo era que Charlotte también actuaría como uno de los empleados y lo que más me apetecía era follar con ella.

Charlotte necesitaba saber qué día me venía bien para empezar a organizarlo. Yo sabía que el sábado era la mejor opción, así que se lo dije en cuanto me preguntó, pero recuerdo que se lo dije un miércoles, por lo que la espera se me hizo eterna; no podía parar de masturbarme pensando en lo que me esperaba aquel sábado.

Pasaban los días y mi mente se llenaba de ideas para follar con ellos. ¿Sexo todos a la vez? ¿Tener sexo en el jardín o en la piscina? ¿Hacerlo con varias personas a la vez? Lo mejor sería que podría cumplir todas mis fantasías, tendría un día completo solo para mí.

Pasaron los días y, poco a poco, mis ideas se aclaraban, ya tenía una lista mental con todas las cosas que quería hacer y solo quedaba esperar al gran día. Por cierto, Charlotte también me dijo que dependería de mí elegir si quería mantener o no la regla de que ninguno podía tocarme durante mi periodo de prueba y, por supuesto, iba a saltarme esa regla.

Llegó el gran día, pegué en la puerta de aquella mansión donde yo hoy sería la dueña y Charlotte me abrió. Llegué un poco nerviosa, pero cuando vi que ella iba vestida de empleada mis nervios se transformaron en excitación. El traje de Maid le quedaba exquisito.

—¿Has traído el contrato? —me preguntó.

—Sí.

—¿Alguna duda? ¿Algo que quieras cambiar o hablar?

—No. De hecho, ya lo he firmado.

—Me alegro.

Charlotte soltó una sonrisa ligera y cogió mi contrato, ambas entramos en la casa y ella dejó el contrato en un mueble. Después, pasamos al salón donde todos los empleados me esperaban de pie y Charlotte se sumó a ellos.

—Tú mandas.

Era mi momento y todavía no podía creerlo, estaba muy excitada.

—Espero hacerlo hoy lo mejor posible y que todos lo pasemos muy bien —dije.

Tenía bastante vergüenza, pero ellos me miraron con una sonrisa.

—Veréis, llevo muchos días pensando en este momento y tengo mil ideas para hacer, pero después de mucho pensarlo, tuve una idea genial. Siempre que venía a esta casa nunca sabía lo que iba a ocurrir y eso era lo que más me excitaba, así que he tenido una idea donde todos podamos sentirnos un poco así, sobre todo yo —expliqué.

En ese momento, saqué del bolsillo varios pequeños papeles doblados. Dentro tenían números y lo que quería era que cogiesen uno para establecer un orden al azar.

—Coged uno y mirad el número que sale —les pedí.

De uno en uno cogieron un papel y miraron el contenido.

—Pensabais que hoy seríais mis esclavos, pero va a ser al revés. Quiero que por orden me digáis qué queréis hacer conmigo —señalé.

Quería que hoy también fuese una sorpresa para mí y de esa forma podría conseguirlo.

—El que tenga el número uno que lo diga y los demás tendréis que aguantar y mirar hasta que llegue vuestro turno.

—Yo soy el primero —dijo Felipe.

Esta fue la primera sorpresa, pues no esperaba que Felipe fuese el primero. Era posiblemente con el que tenía menos confianza, aunque al menos pude hablar con él un poco el día que tuvimos sexo con Lola y parecía ser un tío agradable.

—¿Qué te gustaría hacer conmigo entonces? —le pregunté.

—Me gustaría que me hicieses una mamada y te tragases mi semen.

¿Así comenzaría aquel día? ¿Con una mamada? No me lo esperaba y, además, nunca había probado el semen. Es verdad que en el pasado había hecho mamadas, pero nunca había recibido una eyaculación en la boca. Toda esa situación me excitaba cada vez más y lo peor de todo es que comerle la polla no iba a calmar mi libido.

—Muy bien —dije.

En ese momento, me puse de rodillas indicando que podía acercarse y comenzar. Él se quedó un momento quieto, un poco dubitativo.

—¿Puedo pedir algo más? —inquirió.

—Claro.

—Me encanta lo que vamos a hacer, pero sería casi una fantasía para mí si lo hicieras desnuda... y con las manos atadas a la espalda.

Ese tipo de propuestas era lo que me ponía más cachonda. ¿Una mamada con las manos atadas? Dejar que ellos eligiesen era la mejor opción.

—Muy bien, ve a por algo para atarme mientras me quito la ropa.

Felipe fue a la sala de los juguetes mientras yo me desvestía. Me dio un poco de vergüenza desnudarme allí mismo y mostrarles que las piernas me chorreaban, pero aquel tipo de exposición también me ponía muy cachonda. Poco después, Felipe llegó con unas esposas y amablemente se agachó para ponérmelas en la espalda (yo ya estaba de rodillas esperándole). Finalmente, él se puso frente a mí, se bajó los pantalones y los calzoncillos a la vez dejándolos caer al suelo. Cuando su polla quedó al descubierto, ya se mostraba bien dura.

De las tres pollas que había en la mansión (Roberto, Felipe y David), sin duda, la más grande era la de Felipe. No era la primera vez que veía su sexo, pero al tenerlo de frente tan cerca realmente me sobresalté; podía medir unos 18 centímetros y era más gruesa de lo estándar. Sabía que no me entraría entera en la boca. Sin usar las manos, darle placer a ese instrumento podría ser complicado.

Felipe tenía la polla frente a mí, pero tras mostrármela dio unos pasos hacia atrás alejándose de donde yo estaba.

—Acércate y chúpamela —me ordenó.

Al principio no entendí muy bien por qué tenía que acercarme, pero lo comprendí rápido cuando intenté moverme. Estaba de rodillas y tenía las manos atadas, desplazarme era más complicado de lo que parecía. Iba arrastrando las piernas lentamente y, aun así, perdía un poco el equilibrio, además de que las rodillas dolían un poco al moverse así. Cuando estaba a punto de llegar, Felipe volvió a retirarse, esta vez más aún y se sentó en el sofá del salón.

—Vamos, tú puedes —dijo.

Seguí arrastrándome de rodillas hasta llegar. Era humillante, pero eso me excitaba, casi parecía una babosa chorreando por el suelo mientras llegaba a esa polla. Al final, lo conseguí. Felipe tenía las piernas abiertas y su pene parecía recibirme con ganas.

Tenía tantas ganas de llegar que en cuanto lo tuve cerca, me lo metí en la boca, aunque al hacerlo fue como si me metiesen un tapón en la boca, pues no estaba acostumbrada a tener que abrirla tanto. Decidí entonces centrarme en el glande y comenzar usando la lengua.

Si acepté ese juego donde todos podrían hacer lo que quisiesen conmigo, había sido porque quería que me sorprendiesen, pero lo que ocurrió a continuación no me lo esperaba en absoluto. Felipe puso las manos en mi cabeza y me forzó a chupársela mucho más profundo. Aquello me sobresaltó, por lo que yo hice cierta fuerza con la cabeza para evitarlo, pero él fue bruto y consiguió... metérmela casi entera... hasta la garganta.

De un impulso había conseguido encajármela dentro de la boca, mi barbilla pegaba directamente con sus testículos. Lo más seguro estando así sería que no podría siquiera respirar, aunque tampoco me había dado tiempo a intentarlo.

Lo que pasó a continuación fue asombroso y sinceramente lo recuerdo como algo mágico, nunca me ha vuelto a ocurrir, pero creo que es una sensación increíblemente placentera (y eso que en ese momento parecía que me moriría).

Pensaba que aquella mamada duraría más, pero antes de poder reaccionar, Felipe comenzó a correrse directamente en mi garganta. Al parecer, él suele guardar su semen para Charlotte, por lo que suele estar semanas sin correrse y, cuando lo hace, expulsa mucho y suele tardar muy poco. En esta ocasión, estaba corriéndose directamente en mi garganta, sin pasar por la boca y cuando intenté tragarlo, de alguna manera me atraganté un poco haciendo que parte del semen pasase involuntariamente hasta mi nariz. Sí... parte del semen me salió por la nariz. Fue una sensación muy asquerosa, muy desagradable y algo agobiante, pero tras empezar a correrse, sacó de inmediato el pene de mi boca.

Yo comencé a toser y me caí de espaldas al suelo. Recuerdo que mientras tosía, no podía parar de pensar en el asco que me daba sentir el semen en mis fosas nasales. No sé cómo explicarlo, no era solo en la nariz, también en las partes más profundas. Además, fue algo muy bestia, de las veces que me han tratado de forma más bruta, aunque en realidad no me había molestado y no había sido mucho tiempo el que estuve tosiendo (había sido como cuando vas a la piscina y te meten la cabeza bajo agua unos segundos). En definitiva, al principio, sentí asco, pero al pasar la tos empecé a sentirme extremadamente cachonda, casi me gustaba sentir su semen así.

Tenía muchas ganas de seguir follando. De hecho, quería seguir y sentir esa polla dentro de mí, pero el turno de Felipe ya había acabado.

—¿A quién le toca? —pregunté.

—¿Estás bien? Te pido perdón si he sido muy bruto —se disculpó Felipe.

—Ha sido increíble, estoy muy cachonda ahora, por eso quiero seguir.

Toda esa situación era un poco inverosímil, pero increíblemente excitante. Yo seguía tirada en el suelo, con el semen de Felipe asomando por mi nariz y con las manos atadas a la espalda.

—Yo soy la siguiente —dijo Lola.

Lola tenía el papel número dos y le tocaba a ella elegir qué hacer conmigo. Felipe se levantó del sofá mientras Lola se acercaba a mí.

—¿Te has dado cuenta de que el juego que has preparado para que todos lo hagamos contigo es lo mismo que hicieron conmigo cuando me castigaron? —me interrogó.

—Sí, quería saber qué se sentía cuando los demás pueden hacer lo que quieran contigo, me inspiré en tu castigo.

Lola se acercó a mí, se agachó y comenzó a chuparme la cara quitándome el semen que tenía entre la nariz y mis labios.

—Quiero que te quedes con las esposas puestas y vuelvas a ponerte de rodillas.

Ella me ayudó a incorporarme y volví a quedar de rodillas, pero esta vez ella me indicó que siguiese en esa posición y que separase más las piernas. Tras hacerlo, se tumbó en el suelo mirando hacia arriba y entendí lo que quería: iba a comerme el coño.

Cuando se la había chupado a Felipe, él me había hecho arrastrarme de rodillas por el suelo hasta llegar a su polla, pero Lola hizo lo contrario. Yo solo tuve que abrir las piernas y ella se deslizó por el suelo tumbada boca arriba hasta que su cara estuvo directamente bajo mi coño.

En ese momento, nos dimos cuenta de un imprevisto algo cómico: ella no llegaba a lamer mi vagina ya que yo no podía abrir tanto las piernas. Hubiese podido si no hubiese tenido las manos atadas en la espalda o si no hubiese empezado a sentirme cansada, pero no era el caso.

—Pasadme un cojín —pidió Lola.

Nuria le lanzó un cojín y ella se lo puso bajo la cabeza. Al ver cómo lo lanzaba, me fijé en los demás por primera vez desde que había empezado ese juego, todos tenían cierta mirada de deseo, yo era el centro de atención y tenían que esperar su turno para follarme. Eso me puso un puntito más cachonda justo antes de comenzar el cunnilingus.

Estaba tan cachonda después de realizar aquella mamada que cuando sentí la lengua de Lola tocando los labios de mi vagina, no pude evitar gemir:

—¡Ahhh!

Creo que una lesbiana experta como Lola tiene que comerte el coño una vez en la vida para aprender lo placentero que puede llegar a ser un cunnilingus si sabes hacerlo bien. Ella comenzó lamiendo los labios de mi vagina por todas partes. No sabía que podía ser tan placentero que jugasen así con esa zona, aunque rápidamente pasó a hacer algo nuevo: metió la lengua dentro de mí aplastando toda su cara a mi cuerpo de tal modo que su nariz también comenzó a ser parte del juego.

Con muy poco esfuerzo encontró mi clítoris con la nariz y comenzó a estimularlo. No estaba usando la boca, estaba moviendo toda la cabeza para conseguir usar la nariz como si fuese un dedo y, al mismo tiempo, seguía chupándome con la lengua. Estaba tan cachonda y todo era tan nuevo y excitante que mis piernas comenzaron a temblar y cuando eso me ocurre, es porque estoy llegando al orgasmo. Nunca antes había gemido como lo estaba haciendo allí, no era un gemido fuerte, era simplemente diferente.

—Ahhh, ahhhhh.

Era muy frustrante tener que hacer un esfuerzo para no caerme. ¡Tener las manos atadas era una auténtica mierda!

Cuando Lola notó que comencé a temblar, ella cambió el *modus operandi* y buscó mi clítoris con la lengua sabiendo que con eso conseguiría rematar el orgasmo. Recuerdo que apreté la cintura contra ella de forma casi intuitiva cuando el orgasmo estaba llegando. Creía que el orgasmo sería inmejorable, pero ocurrió algo más, un detalle que fue como la guinda del pastel: ella usó las manos y las puso en mis nalgas para agarrarlas y presionar con más fuerza su cara contra mi cuerpo. Ese estímulo fue el detalle explosivo final con el que comencé a correrme, pero entonces, mientras me corría, un ángel se apareció ante mí. Charlotte se acercó, se agachó y me abrazó. ¡Fue increíble! Ella vino para que pudiese correrme sin miedo a caerme, sus brazos me rodeaban como una brisa en la montaña y yo desplomé mi cuerpo hacia ella para disfrutar el cien por cien de aquel orgasmo.

Fue mágico. Las dos mujeres con las que me sentía más cómoda en la mansión me estaban ayudando a tener el orgasmo de mi vida. Tener las manos atadas ayudaba aún más a reforzar esa sensación. Solo podía rendirme ante ellas, psicológica y físicamente. Charlotte comenzó a tocarme el pelo mientras Lola dejaba lentamente de lamerme y empezaba a acariciarme las piernas, estaba en un éxtasis total de placer. Sin darme cuenta, Charlotte me quitó las esposas. ¡Qué bien se sintió poder recuperar el equilibrio! Le di un beso en la mejilla a Charlotte y le dije en el oído:

—Gracias, has sido como un ángel.

Ella se retiró con lentitud, sonriéndome. Al irse, puse mis manos en el suelo y acerqué la cara a Lola hasta darle un beso en la boca. No fue por amor, fue casi instintivo, una forma de agradecerle y decirle que aquello había sido increíble.

Lola siempre sonreía, era la más alegre de aquella casa, pero su mirada cuando le había dado el beso no tuvo precio. Era de extrema satisfacción, es el tipo de persona que es feliz cuando los demás lo también lo son.

—Ha sido incre...

Antes de terminar mi frase, ella me devolvió un beso muy rápido y se deslizó por el suelo para irse con rapidez.

—¡Le toca al siguiente!

Ella no quiso alargar aquella situación, pero pude notarla muy feliz. En aquel momento, no lo pensé, pero ella solo se había preocupado en darme placer, ni siquiera se había masturbado mientras lo hacía conmigo. Con el tiempo me confesó que minutos después se estuvo masturbando mientras veía cómo los demás me follaban (pero claro, yo no me di cuenta).

—Nos toca a nosotros.

No lo había dicho, pero David y Nuria contaban como una persona, es decir, tenían un número para los dos. Ellos eran los siguientes y follar con ellos era una de las cosas que más cachonda me ponía por el simple hecho de que eran dos y yo nunca había hecho un trío.

También cabía la posibilidad de que ellos no quisiesen un trío. No sabía qué ocurriría llegado el momento.

—¿Has hecho un trío alguna vez?

—No, pero estoy preparada.

Me delaté por completo, fue una forma de decir que me hacía bastante ilusión.

David se acercó mucho a mí y entendí que quería besarme. Al principio, no comprendí muy bien su forma de besar, que no era muy intensa ni apasionada y tampoco se acercó demasiado a mí, pero a los pocos segundos entendí el porqué; él estaba haciendo un hueco a Nuria. Ella se acercó y metió la cabeza entre las nuestras hasta que empezamos a darnos un beso triple. Sentir los labios y las lenguas de dos personas a la vez era increíble. Estuvimos alrededor de un minuto besándonos. A veces, los tres a la vez y cuando el beso no era triple, era porque uno aprovechaba para desvestirse. Todo lo que ocurría me estaba fascinando, volvía a estar cachondísima a pesar de haberme corrido hacía solo unos minutos. Poco después, David se retiró, me ayudó a tumbarme en el suelo con suavidad bocarriba y puso el cojín bajo mi cabeza.

Tras ponerme en el suelo, ambos se tumbaron conmigo, se acercaron a mí y comenzaron a chuparme los pezones. Cada uno chupaba uno mientras las manos me tocaban todo el cuerpo. Me puse tan cachonda que les dije:

—Creo que podría correrme solo con esto, chicos.

Al escucharme, aumentaron la intensidad, podía sentir sus lenguas girando y mojándome los pezones. Por si fuese poco, también me mordían con suavidad, lo cual me ponía más cachonda todavía. Jamás imaginé que esas sensaciones en los pezones pudiesen ser tan placenteras.

Este estaba siendo mi primer trío, todo pasaba muy rápido y una vez más me sentía una marioneta que solo podía dejarse llevar y, para colmo, ellos estaban muy bien sincronizados. Cuando les dije "creo que podría correrme solo con esto", no era ninguna broma, sentía una gran excitación, lo que no me esperaba es que decidiesen intentarlo.

Los dos seguían chupándome los pechos y los pezones mientras con las manos me acariciaban por todas partes. Cada nuevo estímulo que recibía multiplicaba el placer que sentía. Él me acariciaba el torso mientras ella me arañaba suavemente las piernas, pero me volví loca cuando sentí una tercera mano. En ese momento, me di cuenta de que cada uno tenía dos manos libres por lo que David, además de pasar las manos por mi cuerpo, comenzó a acariciar mi pelo. Algo nuevo ocurrió con mi cuerpo cuando sentí tantos estímulos y las piernas comenzaron a temblar levemente, que solo me ocurría cuando estaba a punto de correrme, pero ahora notaba cómo me temblaban y el orgasmo aún no estaba cerca.

Poco después, llegó la cuarta mano que sentí, esta vez de parte de Nuria, que ahora estaba jugueteando alrededor de mi ombligo y, al mismo tiempo, metiéndome dos dedos en la boca. Yo comencé a gemir de forma natural, el cuerpo me lo pedía. En aquel momento, entendí lo que me ocurría, estaba preparada para correrme, pero no podía. Mis piernas temblaban con cada

vez más fuerza, como cuando solía correrme, pero sin un pene follándome o alguien tocando mi clítoris no podía llegar al clímax. Placer y frustración me empezaban a invadir por igual.

Nuria movía los dedos dentro de mi boca y yo empezaba a fantasear imaginando que esos dedos se estaban moviendo dentro de mi coño en vez de en la boca. Seguía gimiendo y temblando y empezaba a sentir que solo había dos salidas: correrme o acabar exhausta.

David hizo el movimiento final y sus manos empezaron a moverse cada vez más cerca de mi vagina, tocándome las partes más interiores de los muslos mientras seguía mordiendo y chupando uno de mis pezones con fuerza.

Esta vez sí, mis gemidos parecían de placer y las caderas me temblaban, el orgasmo parecía llegar y Nuria remató la jugada final bajando la mano que acariciaba mi ombligo hasta el monte de Venus, un lugar que sentía muy cerca de mi coño y que notaba muy sensible.

Finalmente, ocurrió, me corrí sin ningún estímulo directo, ni penetración ni a través de mi clítoris. Fue increíble. Dejé de temblar y todo el cuerpo se me relajó en el suelo mientras ellos se calmaban y bajaban la intensidad de las caricias, pero sin cesar del todo. Volví a sentirme en una nube. Ellos se quedaron apoyados en mis axilas, tumbados junto a mí durante más de un minuto. Aquello me hacía sentir a mí la pieza central de aquel trío y me sentía muy cómoda con ellos allí, como si me olvidase de que los demás nos miraban.

Poco después, David habló y me sorprendió:

—Como somos dos todavía nos queda otro asalto.

No había pensado en ello, pero me parecía lógico, más aún cuando ellos no habían podido correrse. Los dos se levantaron con mucha suavidad y llegaron a ponerse de pie, pero me indicaron que yo podía seguir tumbada. Pude ver cómo David se ponía un condón y empecé a pensar en que no sabía si era para follarme a mí o a su novia, aunque comencé a desear que fuese a mí ya que en lo que había follado esa noche todavía no había tenido ninguna penetración. Seguía viendo cómo David se ponía el preservativo, pero entonces Nuria habló y captó mi atención:

—Soy muy adicta a los fluidos, con tu permiso voy a limpiarte el coño con la boca.

Ella me separó los muslos y sentí algo muy vergonzoso. Yo estaba tan húmeda ahí abajo que cuando ella me separó las piernas, se formó una especie de hilo con los fluidos, que seguía manteniéndose unido como si fuese un chicle estirado entre las piernas. Aun así, Nuria se encargó de dejarlo todo bien limpio y pude notar cómo lo estaba disfrutando mientras lo hacía, lo cual volvía poco a poco a ponerme a tono.

Cuando David estaba ya preparado, se acercó a mí y me quitó cuidadosamente el cojín que tenía bajo la cabeza. Esta vez me lo puso bajo la cadera, por lo que ahora lo que estaba un poco separado del suelo era mi coño.

—Si estás incómoda, solo tienes que decírmelo —me dijo.

Por la forma de hablar de David pude notar que él era un poco tímido, pero también caballeroso. Pude ver su pene bien y me gustó lo que vi; su polla era la más pequeña de las tres que había allí, pero aun así era bien grande, seguramente llegaba a los 15 centímetros.

Todo estaba ya preparado para el segundo acto. Yo estaba tumbada en el suelo con la cadera un poco alzada, Nuria estaba a mi lado de rodillas y David también se estaba arrodillando cerca de mi entrepierna, por lo que entendí que iba a follarme. Tenía muchas ganas de ser penetrada y mi coño lo demostraba ya que yo podía sentirlo bien abierto. David me puso las manos en la cadera y me la levantó aún más de lo que ya lo hacía aquel cojín. Yo decidí ayudarlo y con mis piernas le atrapé como un cangrejo. Estaba deseándolo y por fin ocurrió. David me la metió directamente hasta el fondo.

El sexo ya había empezado y se sentía genial (al fin una penetración real), pero todavía faltaba la sorpresa. Tras metérmela, Nuria se arrodilló y me puso el coño en la cara para que se lo comiese, pero lo mejor era que ella estaba al revés, es decir, que en esa posición ella miraba directamente a su novio David. Ambos teniendo sexo conmigo mientras se miraban, otra idea que me sorprendía y volvía a hacer subir mi libido.

Al principio, era un poco complicado, como siuviésemos que encontrar la postura. Además, ese era el segundo cunnilingus que hacía en mi vida y tenía que hacerlo al revés, por lo que parecía muy complicado, pero poco a poco... todo iba mejorando. David subió lentamente la velocidad a la que me follaba y Nuria iba recolocándose hasta que encontramos la postura ideal. Lo mejor de todo era que David y Nuria comenzaron a besarse mientras teníamos sexo. Lo que estaba ocurriendo lo definiría como hermoso, como si fuese la herramienta de amor con la que ellos podían quererse.

Por otra parte, no podía evitar pensar que David y yo estábamos sintiendo mucho más placer que Nuria, ya que ella solo recibía mi cunnilingus y era consciente de que no lo hacía muy bien, pero entonces tuve una idea: mis manos llegaban a sus pechos, por lo que se los agarré, lo cual nos puso a ambas más cachondas todavía.

David seguía follándome cada vez más fuerte y ellos seguían besándose. Era un beso apasionado, pero incómodo por la postura en la que estaban, pues apenas podían llegar a unir los labios, lo que provocaba que usasen mucho la lengua para besarse y eso, a su vez, conllevaba que su saliva cayera sobre mí, lo cual me encendía más todavía. En ese momento, tuve otra idea: podía usar mis manos para intentar buscar el clítoris de Nuria o meterle directamente los dedos. La verdad es que fue complicado, pero lo conseguí y, además, me sentí muy recompensada cuando escuché su primer gemido. Fue la primera vez en la mansión que el sexo que sentía no era 100% fluido, pero me sentía muy complacida sintiéndome una pieza intermedia entre el amor de aquella pareja.

Los minutos pasaban y el sexo se iba intensificando. Empecé a olvidarme de esa sensación "hermosa" y empezaba a centrarme de nuevo en mis propias sensaciones. Los movimientos de David eran cada vez más intensos y me indicaban que él estaba cerca de correrse y yo también tenía ganas de hacerlo. Por otra parte, cada vez tragaba más fluidos de Nuria y eso me ponía más a tono todavía.

Vi que ellos dejaron de besarse y se pusieron en una posición más cómoda para terminar, de hecho, Nuria me estaba empezando a aplastar con el culo y me costaba un poco respirar, pero de esa dificultad yo solo encontraba excitación. Después, ella comenzó a gemir y yo también, creo que con nuestros gemidos ningún hombre habría podido resistir a correrse y David no fue la excepción. Fue curioso porque, aunque lo hizo con condón, pude notar el semen caliente salir y eso se sintió glorioso cuando empecé a correrme de nuevo. Sorprendentemente, los tres conseguimos terminar a la vez (o, al menos, eso creo) y para descansar Nuria se tumbó sobre mí mientras que David dejó la polla un poco más de tiempo dentro.

Unos segundos después, David hizo algo que me sorprendió: se quitó el condón y le dio el semen a Nuria en la boca. En ese momento, recordé que había dicho que le gustaban los fluidos y vi que no era ningún farol, pues la sonrisa que tenía cuando se tomaba ese semen era auténtica.

—Me encanta cuando echas más semen de lo normal —le dijo ella.

—Pues claro, con Marta hoy ha sido genial —contestó él.

—Marta, tengo una pequeña petición. ¿Puedo probar tu saliva?

Tardé unos segundos en responder:

—Claro.

Me incorporé y preparé mi saliva, ella ya tenía la boca abierta esperando que le diese mi regalo.

—Veo que realmente te gustan los fluidos —comenté.

—Me encantan, estoy deseando probar tu saliva.

Sin llegar a tocarle los labios dejé caer mi saliva en su boca. La cara de felicidad que tenía mientras la disfrutaba era auténtica. Aquella mansión seguía sorprendiéndome como el primer día con cada detalle.

—¿A quién le toca ahora? —preguntó Charlotte.

—A mí —indicó Cristina.

Era el turno de Cristina y era una de las que me tenía más intrigada, pues la había visto ser muy sumisa, pero también muy dominante y para colmo yo comenzaba a estar un poco cansada, lo cual era bastante lógico después de tanto sexo.

—Déjame ver —dijo.

Ella se acercó a mí y me cogió de la mano.

—Tus uñas no son muy largas, tus manos son suaves y no son muy grandes, a pesar de que eres alta. Creo que servirá.

Cristina estaba me examinando con detenimiento las manos y yo no era capaz de averiguar el porqué.

—Si no me equivoco, todavía no te has negado a nada desde que estás en la mansión, pero quizás esto te dé bastante reparo —expresó.

Me emocioné al escucharla, pero preferí no decir nada y mirarla con amabilidad, esperando que ella siguiese hablando.

—Me gustaría que metieses tu mano dentro de mi coño y hagas que me corra.

¿Ella se estaba refiriendo a... toda la mano?

—Puedo entender que quizás a esto no te atrevas.

—¡No! No es eso. Es que... ¿Te refieres a meterte la mano entera? —inquirí.

—Sí.

—No sé si podré hacerlo bien, no quiero hacerte daño.

—Con eso que acabas de decirme estoy segura de que lo harás bien. El truco es hacerlo suavemente, con delicadeza. Seguro que tú puedes hacerlo así.

—Pues... si quieres, no me importaría intentarlo.

—Me hace muchísima ilusión que lo hagas, yo te diré cómo tienes que hacerlo.

Ella estaba realmente ilusionada y yo me estaba empezando a excitar pensando en lo que iba a hacer. Charlotte se acercó a nosotras y nos dio un pequeño frasco con lubricante. ¿De dónde lo había sacado tan rápido? Seguramente en la casa hay cosas así en cada esquina.

—¿Empezamos?

—Vale —contesté.

Cristina comenzó a quitarse la ropa. No podía parar de pensar en si podría hacerlo bien y, antes de darme cuenta, ya no tenía sujetador y solo le quedaban las bragas. Se acercó al cojín que estaba en el suelo y se agachó, no para cogerlo, sino para tumbarse en el suelo poniéndolo bajo su cabeza y abriendo las piernas frente a mí. Yo me senté en el suelo frente a sus piernas abiertas. Ella seguía llevando las bragas, pero se veían claramente mojadas.

—Me gustaría que para esta ocasión os acerquéis todos para que lo veáis bien cerca, eso me excita todavía más.

Todos se aproximaron a menos de un metro de nosotras y se sentaron. ¡Estaba muy nerviosa! Parecía algo bastante delicado y complicado para que, además, estuviesen tan cerca.

—Quítame las bragas, Marta —me pidió.

Me acerqué a ella con sensualidad y le retiré las bragas lentamente, dejando bien expuesto su coño abierto. Me puse cachonda al pensar que iba a meter la mano ahí. Era un coño precioso, depilado, bien abierto y muy mojado. No había duda, en ese momento, ya era totalmente bisexual.

—Ve lubricando bien toda la mano, tienes que dejarla muy resbaladiza, no tengas miedo de gastar lubricante.

Charlotte estaba cerca y cogió el frasco con lubricante para dispensármelo ella directamente, yo solo tuve que poner la mano. La verdad es que me sorprendió la cantidad que me echó, era casi todo lo que tenía el recipiente.

—Úntatelo bien, hasta la muñeca —me dijo Charlotte.

—Muy bien.

Intenté aplicármelo lo mejor posible, por todas partes, como cuando te lavas las manos a conciencia. Al cabo de unos segundos, ya tenía la mano resbaladiza y pringosa (y mi otra mano estaba casi igual después de usarla para ponerme bien el lubricante).

—Ah...

Cristina había expresado un pequeño gemido, un poco injustificado ya que todavía no habíamos empezado.

—Creo que tú y yo nos parecemos. Yo puedo llegar a tener orgasmos cuando estoy muy cachonda sin necesidad de que me penetren, tal y como te ha ocurrido a ti hace un momento con David y Nuria. Me pongo burra solo de pensar en lo que vamos a hacer y teneros a todos tan cerca.

Ella estaba tan cachonda que no pudo evitar gemir incluso sin haber empezado, eso me gustó bastante. Además, que ella fuese sensible me ponía las cosas más fáciles.

—Ponme ahora un poco de lubricante también en el coño antes de empezar.

Fue Charlotte la que le puso lubricante en la vagina, dejándolo caer de forma bastante superficial y esperando que fuese yo quien terminase de untarlo. Soy consciente de que yo era allí la más tímida (en parte, porque era la nueva), pero otras veces me gustaba ser la más provocadora. En este caso, le eché valor y decidí untarle el lubricante con la lengua, por lo que acerqué la cara hasta su coño para hacerlo.

—¡Pero!... Ah... Ahhhh... AHHHHhhh...

Empezó a gemir muy fuerte y agudo. Yo no hice nada especial, solo me aseguré con mi lengua de que el lubricante estuviese bien repartido por todo su sexo, pero los gemidos eran desmesurados, como si la estuviesen follando. Entendí que aquella decisión que había tomado al usar mi lengua había sido un acierto. Cuando terminé, me retiré para escuchar de nuevo sus indicaciones, pero ella necesitó unos segundos para recomponerse.

—Bueno... entonces... —decía ella.

No pude evitar reír levemente con amabilidad. Ella siguió hablando:

—No es la primera vez que hago esto, Charlotte ya me lo ha hecho antes.

—Ahora yo también tengo ganas de probarlo —añadió Lola.

Todos reímos con el comentario de Lola.

—Pues conmigo no contéis —advirtió Nuria.

Volvíamos a reír, fue un momento bastante agradable que me hizo conectar con todos un poco mejor.

—Nunca he querido que me lo haga un chico porque ya sabemos que ellos son muy brutos. Además, sus manos son más ásperas y las de las chicas son más suaves —comentó Cristina.

Lo que decía tenía bastante sentido. Si tuviesen que hacérmelo a mí, preferiría que fuese una chica, no solo por todas las razones que había dicho Cristina, sino porque, además, las chicas tenemos coño y creo que sabemos un poco mejor cómo deberíamos de hacerlo.

—Para meter la mano lo ideal es que la pongas así —me indicó Cristina.

Ella hizo el gesto de imitar el pico de un pato con la mano (como si tuvieses que intentar que los dedos se toquen a la vez). La verdad es que su explicación fue muy ilustrativa y sencilla.

—Y eso es todo, ya solo tienes que entrar poco a poco. Tu mano es más grande que la de Charlotte, así que quizás no entre, pero me gustaría intentarlo —explicó Cristina.

Llegó el momento de la verdad. Acerqué los dedos hasta que les tocaron la vagina. Esta vez, ella no habló ni hizo ningún ruido, pero cuando la miré estaba colorada como un tomate. Ella estaba cachonda, pero se estaba reprimiendo para poder seguir dándome instrucciones. Poco a poco, empujé y fue fácil hasta que entraron la mitad de mis dedos. En ese punto empecé a sentir algo de resistencia.

—Ahora, si quieres, mételos y sácalos como si me follases con ellos y, poco a poco, intenta meterlos más adentro.

Hice lo que me dijo y comencé a meter y sacar mi mano lentamente. La mano seguía con forma de pico de pato mientras lo hacía, por lo que meter el principio de la mano era fácil, pero cuando penetraba más profundo, se volvía complicado.

—Intenta meterlo más profundo, no te preocupes por mí. Si me duele, te lo digo.

Olvidé por un momento el “mete-saca” y decidí hacerlo de nuevo con lentitud. Sin duda, el jueguito anterior le había dilatado el coño y ahora entraba mejor. Tras meterle prácticamente los dedos por completo, llegó el momento crítico, la zona más ancha de la mano: los nudillos. No podía evitar sentir que no entraba y que, si forzaba, podría hacerle daño. En ese momento, Charlotte habló.

—No tengas miedo, ella está muy abierta. Si lo haces lento, no le dolerá.

Charlotte me dio ánimos, pero yo seguía insegura.

—Creo que voy a hacerte daño si lo meto más —dije.

—Inténtalo por favor, lo estoy deseando.

Recuerdo que el corazón me bombeaba con fuerza, como si fuese a hacerle daño a alguien, pero lo intenté y comencé a apretar. Al principio, no entraba y lo único que conseguía era moverla a ella entera.

—Deja ahí la mano, no la muevas —me pidió Cristina.

Ella decidió mover el cuerpo en vez de tener que moverme yo. Acercó la cadera a mi mano y, entonces, entendí que yo no podía retirarla. Al final, le eché valor y apreté con bastante fuerza... y, de repente, entró. Entró como si absorbiese mi mano.

—AHHHH, SÍIIII. AHHHHH, SÍIII.

No estaba haciendo nada, pero ella gemía con fuerza, pues aquello le daba un gran placer. De repente, a mi cuerpo llegó un torrente de hormonas y comencé a excitarme yo también. Fue justo en ese momento cuando empecé a disfrutarlo, incluso empezó a gustarme cómo se sentía tener la mano ahí dentro.

—Parece que ha entrado. ¿Te duele? —le pregunté.

—Si empiezas a mover un poco la mano, me moriré de placer.

Eso hice. No hice el movimiento de sacar y meter, sino que empecé a mover los dedos un poco dentro de ella.

—Uffffff, joder, esto es increíble.

—A mí me está gustando también —dije.

—Me está gustando tanto que creo que voy a orinarme un poco. ¿Te molesta?

—Me encantaría que lo hicieras —aclaré.

Ella se refería al squirt, un tipo de eyaculación femenina que muy pocas mujeres consiguen. Me sentí bien al pensar que podría provocarle uno.

—Vuelve a meter y a sacar la mano un poco.

Al intentar sacar un poco la mano, sentí resistencia y tuve que hacer algo de fuerza, como si su coño me estuviese absorbiendo la mano. Cuando la parte más gruesa de mi mano (la zona de los nudillos) estuvo a punto de salir de su vagina, fue cuando claramente ella sintió más placer.

—DIOSSS, SÍIII, AHHHH.

Solo había metido y sacado la mano un par de veces, pero ella estaba cerca de un gran orgasmo.

—¿Puedes intentar cerrar el puño dentro de mí? —me pidió.

Yo tenía la mano de nuevo dentro en ese momento, así que cerré lentamente el puño. Se sentía muy bien. Al cerrarlo por completo ella, comenzó a gemir.

—No puedo más... haz lo que quieras conmigo, esto es demasiado placentero.

Yo intenté sacar la mano con el puño cerrado, pero para mi sorpresa, con la fuerza que había estado usando antes no pude. Entendí que con el puño cerrado ahora era más difícil sacar la mano. Sin embargo, con ese intento ella tuvo un orgasmo.

—AHHHHH, diossss. Hazlo de nuevo.

Yo volví a hacer lo mismo, moví la mano dentro de ella con el puño cerrado, pero esta vez no lo hice una vez, sino varias para darle placer y conseguir que terminase de correrse.

—¡Síiii! ¡Me corroo! Ahhhh, ahhhh, ahhhh.

Hice más fuerza y mi mano consiguió salir casi por completo de la vagina y, unos instantes después, sentí cómo ella expulsaba un líquido que me manchaba la mano.

—Síiiiiiii... Síiiiiiii.

Yo saqué lentamente la mano, como si fuese un pene que acababa de correrse, con mucha suavidad. Era curioso ver su coño después de aquello, nunca había visto uno tan abierto. Ella siguió expulsando orina unos segundos más, pero después habló:

—Ha sido increíble... de verdad... increíble —dijo Cristina.

—Yo me lo he pasado muy bien también —le respondí.

—¿Puedo quedarme aquí tumbada un rato mientras seguís?

—Claro —contestó Charlotte.

Cristina estaba en el paraíso tras el fisting y yo volvía a estar muy cachonda después de haberlo practicado con mi mano. Además, esto le había dado un pequeño descanso a mi cuerpo.

—Creo que me toca a mí ahora.

Solo quedaban Roberto y Charlotte. ¿Charlotte era la última? Todo era como un sueño, me gustaba pensar que ella sería la última, pero me gustó todavía más que ahora le tocara a Roberto porque tenía muchas ganas de un buen rabo dentro de mí, llegaba justo a tiempo.

Él era el hombre que más me atraía de la casa, ya que David siempre estaba con Nuria mientras que Felipe me imponía mucho respeto. Además, Roberto siempre había sido muy amable conmigo y era fuerte, atractivo y, lo mejor, tenía una polla bien grande.

—¿Qué vas a querer hacer conmigo?

—También va a ser algo que creo que no has hecho nunca, pero tranquila, lo mío es muy sencillo.

Antes de seguir con la explicación, él comenzó a quitarse la parte inferior de la ropa y en un momento ya pude verle desnudo.

—Voy a follarte, pero tú tendrás que hacer otra cosa mientras follamos.

—¿El qué?

—Hablar en voz alta.

Esto volvió a pillarme desprevenida, y eso me encantaba. Parecía algo fácil de cumplir, pero no sabía si habría algún truco, además... ¿De qué tenía que hablar?

—Vas a contarnos cómo ha sido tu experiencia en esta mansión durante tus siete primeros días en voz alta y si en algún momento dejas de hablar, yo dejaré de follarte. Tienes que hablar para conseguir sexo.

Charlotte comenzó a aplaudir cuando Roberto terminó de hablar.

—¡Maravilloso! Roberto, eres el mejor imaginando nuevos juegos sexuales, de verdad, me encanta —exclamó Charlotte.

Tener que hablar para follar parecía una idea increíble, otra vez más volvía a estar súper cachonda. De hecho, todavía lo estaba después de hacer aquel fisting, pero esto parecía muy interesante.

—Muy bien. ¿Empezamos? —pregunté.

Él se sentó en una silla cercana.

—Siéntate aquí, sobre mí.

Mi coño ya estaba chorreando por mil razones diferentes y pensar en follar en esa posición me gustó todavía más. Yo me acerqué a él y le di la espalda para “sentarme” sobre su pene, pero, entonces...

—No, siéntate al revés, mirándome a mí —me dijo él.

Tenía que sentarme mirándole a él directamente, es decir, subirme sobre sus piernas. Eso tenía más sentido, ya que, si me sentaba dándole la espalda, yo tendría el control para follar, pero si me ponía en esa posición, mis pies no tocarían el suelo, por lo que el único que podría manejar la situación sería él.

Al comprender aquello, me puse a un lado y levanté una pierna para subirme sobre él (como si me estuviese subiendo en un caballo) y cogí su polla con suavidad para meterla. Entró con facilidad ya que yo estaba muy abierta y tenía muchas ganas de sentirla. Tras meterla dejé caer por completo el cuerpo y el peso sobre él, mis piernas ya no tocaban el suelo y su pene ya estaba dentro de mí, aunque esa posición impedía que entrase por completo. Ya estábamos en posición y preparados para empezar, por lo que no pude evitar hablar.

—Roberto, creo que no voy a aguantar mucho, estoy muy cachonda.

—Bueno, tú al menos has podido correrte un par de veces, yo llevo todo este rato viéndote y aguantándome las ganas.

No me había dado cuenta, pero Roberto tenía razón; él también tenía razones para estar con ganas de correrse.

—¿Empezamos? —inquirió.

—Entonces... tengo que contarte mi experiencia aquí, ¿verdad?

—Contarme no, contarnos. Cuéntanos a todos cómo has vivido aquí tu primera semana.

En ese momento, me pasó algo que no esperaba ¡No sabía qué decir! Es decir, si hubiese estado sentada y tranquila, habría podido hablar con normalidad, pero tenía un pollón dentro de mí y todos me miraban, por lo que no podía pensar con claridad. Además, tenía a Roberto muy cerca y no sabía dónde mirar. Era más fácil comenzar a besarle que hablar en voz alta.

—Pues... yo quería un trabajo a tiempo parcial y encontré un anuncio para venir a trabajar aquí...

Comencé a hablar, pero Roberto no me estaba penetrando aún. Era increíble que, después de todo lo que había hecho en la mansión, fuese justo ahora cuando más vergüenza estaba pasando.

—Cuando llegué, fuiste tú la primera persona a la que vi, me abriste la puerta de forma muy amable y me llevaste con Charlotte.

Mi vergüenza comenzaba a pasar y me empezaba a gustar contar aquella historia. Por su parte, Roberto comenzó a mover las piernas levemente como cuando alguien las mueve bajo la mesa porque está nervioso, pero en este caso me provocaba una vibración bastante excitante.

—Recuerdo la primera impresión que tuve de Charlotte, pensé que era un ángel, me pareció un bellezón, y también recuerdo que estaba bastante nerviosa, aunque me puse todavía más nerviosa cuando ella me contó en qué consistiría mi trabajo.

Roberto seguía moviendo sus piernas, pero decidió cambiar el movimiento. Ya no estaba alternando la vibración entre las piernas, sino que ambas hacían el mismo movimiento, por lo que ahora no sentía vibración, sino más bien unos pequeños saltos que hacían que su pene comenzara a moverse dentro de mí, follándome lentamente.

—Yo estuve a punto de irme... pero decidí ver la casa... y lo que vi me impactó... quería irme de allí rápido... pero después de irme, durante los siguientes días, no podía parar de pensar... en lo que había visto.

Me empezaba a costar hablar por la excitación. Entendía que en este juego si paraba de hablar, él cesaría sus movimientos.

—El segundo día... pues... yo...

Me costaba recordar el segundo día en aquella situación y, ante mi duda, Roberto paró de moverse. ¡Fue muy frustrante! De repente, quería esforzarme mucho más en recordar. Miraba a mi alrededor y los demás sonreían al verme tan frustrada.

—El segundo día no pasó nada especial... solo trabajé y limpié... pero el tercer día sí pasaron cosas.

Roberto comenzó sus movimientos e incluso los incrementó un poco.

—Había una cena... y todo el mundo follaba...y yo me puse cachonda.

Empecé a conjugar peor las oraciones. ¡Me apetecía empezar a gemir! Podía sentir cómo me chorreaba el coño en contacto con su entrepierna.

—Los siguientes días... os fui conociendo... y todo lo que veía me gustaba... ¡Ahhh!

Roberto me cogió de la cintura y ahora sí empezó a follarme con bastantes ganas, moviendo por completo mi cuerpo con cada bote que él daba.

—¡Ahh! ¡Síii! ¡Síii! ¡Ahhhh! ¡Síii! —gemí.

En mi mente sabía que tenía que seguir hablando, pero las palabras no salían y lo único que podía pensar era en decir monosílabos todo el rato, pero Roberto volvió a parar.

—¡No, no! ¡No pares! O sea... Yo me tocaba en casa pensando en las cosas que hacíais y...

Tenía que hablar si quería sexo y era muy complicado, incluso le arañé un poco a Roberto de la rabia que me daban esas pausas, pero él solo sonreía como si disfrutase viéndome desesperar. Él volvió a follarme con fuerza cuando yo volví a hablar. ¡Tenía que concentrarme fuera como fuese!

—Las reglas... no podía follar... yo quería... y me gustaban las chicas también...

Hablaba muy mal, pero tenía que decir lo que fuese si quería terminar. Las tetas me temblaban y decidí agarrarme a su cuerpo y a su pelo, apoyando los senos en su pecho para evitar ese tambaleo tan excesivo.

—Me gustaba Charlotte... quería comerle el coño... ahh... como Cristina... y Lola me hizo lesbiana... quiero follar con todos... ahh.

Por alguna razón, me era más fácil decir lo que pensaba de cada uno que recordar las cosas de la casa. Entonces, sin previo aviso, Roberto se levantó y empezó a follarme de pie mientras me sujetaba. Yo le abrazaba con el cuerpo y con mis piernas para no caerme. Estaba follándome muy fuerte.

—¡Ahhhh, síii! ¡Quería tu rabo! ¡Es muy grande! Síi... Cuando lo veía, quería comérmelo... ¡Fóllame! ¡Córrete conmigo!

Roberto aumentó la velocidad indicándome que no había vuelta atrás. Los dos teníamos muchas ganas de corrernos y aquellos impulsos tan bestias que él me estaba dando eran increíbles, casi golpeaban en el fondo de mi coño y parecía que me iba a romper, pero yo solo podía empezar a correrme.

—¡Ahhh! ¡Síii! Me corrooo.... Me encanta....

Intenté hablar un poco más mientras me corría, pero ahora sí que no podía pensar en nada y esta vez Roberto tampoco bajó la intensidad. No me había dado cuenta en absoluto hasta que se corrió, pero él no había usado condón. No me importó y, de hecho, se sintió muy bien su semen caliente dentro de mí. Al fin pude tener un buen polvo salvaje con una buena corrida dentro.

Estuve colgada a él unos segundos más mientras disfrutábamos de nuestro orgasmo y, poco después, me dejó con cuidado en un sofá cercano y él se sentó a mi lado.

—Ha sido... muy divertido... —me dijo.

Sus pausas al hablar eran de cansancio, como si hubiese hecho mucho ejercicio.

—Pues sí.

Estuvimos allí unos minutos descansando y, entonces, llegó el turno de la última persona.

—Soy la última, por fin me toca.

Todo había sido tan increíble que no podía parar de sonreír. Charlotte era el colofón final de aquel día tan maravilloso.

CAPÍTULO 10

EL ÚLTIMO ORGASMO

Charlotte se acercó y me miró a la cara muy cerca. Ella era más bajita que yo, pero imponía más que cualquiera.

—¿Y esa confesión de amor que me has hecho hace un momento?

¿Cómo? ¿Yo había hecho una confesión? Empecé a recordar todas las cosas que había dicho mientras follaba con Roberto y efectivamente había dicho que ella me gustaba.

—En realidad, ya lo sabías, ¿no es cierto? —contesté.

Ella sonrió de forma pícaro, dándome la razón en mi afirmación.

—¿Te quedan energías para seguir follando? —me preguntó Charlotte.

—Estoy deseando saber qué quieres hacer conmigo.

—Ahora mismo, el deseo sexual más grande que tengo contigo es que trabajes en esta mansión para mí, pero imagino que ese ya puedo darlo por hecho, ¿no?

—A partir de hoy, tú eres mi ama.

La sorprendí con esa frase. Me gusta cuando consigo apuntarme un tanto a mi favor y ahora lo había conseguido.

—Voy a pasármelo muy bien pensando cuál va a ser tu lugar en esta casa. Todos tienen un cometido diferente y quiero que tú también ocupes un lugar especial aquí.

Eso era cierto, todos tenían un papel único y concreto en aquella casa. ¿Qué rol podría quedar para mí?

—Bueno... ya decidiremos eso más adelante, ahora me toca jugar contigo.

Ella puso la mano tras mi cabeza y me empujó con suavidad hacia su cara para besarme salvajemente, comiéndome la boca por todas partes y jugando con su lengua sin parar. Tras un minuto de besos apasionados, ella paró y volvió a hablar:

—Por tu forma de besarme noto que me deseas, espero estar a la altura y poder corresponder tu amor —expresó.

Lo que sentía por ella era puro deseo, pero nunca pensé que eso pudiese llegar a ser una carga o una responsabilidad. No supe qué decir, pero mientras ella dijo esas palabras, empezó a deslizar las manos por mi cuerpo hasta llegar a mi coño.

—Bueno, estás muy mojada, eso me gusta. Si estuviese en tu lugar, creo que estaría ya cansada.

—Eres tú la que ha hecho que me moje de nuevo con ese beso —espeté.

En vez de responderme con normalidad, ella me metió un dedo en el coño y, entonces, empezó a hablar mientras me masturbaba y me miraba a la cara:

—Bueno, creo que los orgasmos que has tenido antes han sido maravillosos. Los demás se han esforzado mucho en que te lo pasases bien y tú también te has portado muy bien, así que hoy vamos a hacer algo nuevo que no he hecho todavía con ninguno de los demás trabajadores.

Automáticamente, volví a ponerme nerviosa como cada vez que me enfrentaba a una nueva sorpresa sexual, pero además observé que los demás se exaltaron un poco, ilusionados por saber qué tenía Charlotte pensado para mí.

—Túmbate en la mesa bocarriba. Llévate el cojín para estar más cómoda.

Al terminar de hablar, ella sacó el dedo de mi coño y comenzó a chuparlo para saborear mis flujos. Verla hacer eso me excitó bastante más de lo que ya lo estaba, pero me centré en lo que me había pedido y me acomodé en la mesa boca arriba.

—Abre y flexiona las piernas.

Mientras me daba esa orden, ella comenzó a desvestirse. Su forma de quitarse la ropa parecía magia. Desplazó los tirantes fuera de sus hombros y el vestido cayó al suelo con suavidad, de una forma muy elegante, quedando solo en ropa interior. Yo estaba poniéndome nerviosa y decidí mirar al techo para relajarme, pero para mi sorpresa, Charlotte (que ya se había quitado todo) se subió conmigo.

—Esto no es un 69, es para poder meterte mis dedos mejor. Por cierto, necesito que los demás se acerquen, también van a participar.

Charlotte dijo un montón de cosas que me desconcertaron. ¿Todos iban a participar? Seguía sin entender muy bien qué ocurría, pero mientras los demás se acercaban, Charlotte se subió sobre mí al revés de forma que su sexo desnudo quedaba justamente frente a mi cara.

—¿Alguna vez has sentido un squirt? —me preguntó Charlotte.

—No, alguna vez lo he intentado en la ducha, pero no sé bien cómo hacerlo.

—¿Te gustaría sentir uno?

—Sí.

Mi respuesta fue escueta, pero realmente lo deseaba.

—Lo más importante es que si sientes ganas de orinar, no las contengas. El squirt y las ganas de orinar suelen confundirse, no te preocupes.

Decirlo era más fácil que hacerlo, pero quería intentarlo. Por otra parte, no podía parar de mirar y desear el coño que tenía frente a mí. Estábamos en la posición de 69, aunque todavía no habíamos empezado a hacer nada.

—Ahora voy a meterte un dedo, en esta posición puedo meterlo mejor para provocarte un buen orgasmo. Tú no tienes que hacer nada, solo disfrútalo.

Ella metió su dedo corazón bastante profundo y comenzó a moverlo. Se sentía increíblemente placentero, meterlo en esa posición le permitía a ella tocarme de forma más cómoda, como si lo hiciese en ella misma. No pude evitar empezar a gemir.

—¡Oye! ¡Qué esto todavía no ha empezado! —exclamó ella.

Sabía que lo que me sorprendería no había llegado aún, pero sentirla así era increíble.

—Bueno, llegó la hora de la verdad, espero que te guste lo que vamos a hacerte.

¿Vamos? Es cierto que había dicho que todos iban a participar y la verdad es que estaban bastante cerca mirando lo que hacíamos, aunque ellos tampoco sabían lo que iban a hacer. Mi curiosidad seguía transformándose en excitación.

—Veamos quién va a empezar a ayudarme... tú misma, Lola —eligió Charlotte.

—Muy bien. ¿Qué tengo que hacer?

—Mete un dedo tú también.

Lola empezó a meter un dedo dentro de mí mientras el de Charlotte seguía dentro. Se sintió increíblemente bien. Además, el de Lola entró más adentro ya que lo tenía más fácil por su posición.

—¿Qué tal se siente? —inquirió Charlotte.

—Increíble. Ah... —respondí.

Volví a gemir de placer. Era maravilloso sentir a dos personas jugando ahí dentro.

—¿Estás preparada para más dedos dentro de ti?

—Creo que sí.

—Vamos, Nuria y David, es vuestro turno, un dedo cada uno.

Dejé de mirar el coño de Charlotte y me incorporé un poco para ver a los demás. Lola estaba en el centro y David y Nuria se pusieron uno a cada lado para meterme un dedo cada uno. Lo hicieron lentamente, pero a la vez y ahora sí estaba empezando a disfrutar de verdad de la situación. En aquel momento, no me paré a pensar en lo fácil que sus dedos habían entrado. Posiblemente, estaba ya bastante abierta después de tener la polla de Roberto dentro.

—Ah.... Sí... ¡Diossssss!

—¡Oye! Que quería meterte más dedos, intenta aguantar un poco —me pidió Charlotte.

Al fin, entendimos en qué consistía el juego de Charlotte. Ella quería que todos metieran un dedo dentro de mí. Solo con pensarlo volví a gemir con más fuerza.

—Venga, vamos a moverlos un poco.

Me volví loca, se sentía increíblemente bien. No eran movimientos muy coordinados y no llegaban muy al fondo, algunos movían su dedo en círculos y otros lo metían y sacaban con suavidad, pero los que más notaba eran los de Charlotte, que buscaban estimular la parte superior del interior de mi vagina.

—¡Ahhh!... ¡Síii!... ¡Diossss! Creo que voy a correrme... no puedo aguantarlo.

—Muy bien, pero es un orgasmo normal ¿verdad?

Lo que sentía era uno de mis orgasmos habituales, no notaba nada especial que lo diferenciase de un squirt.

—Sí... no noto nada especial ni diferente... ¡Ahh!

—Yo quiero provocarte un squirt. Si quieres, puedes correrte, pero vamos a seguir un poco más después. ¿Te parece bien?

—Sí... ahhh... vale...

Ella cambió su actitud y empezó a ser más agresiva con los dedos. Los demás lo entendieron e hicieron lo mismo. Me moría del placer, cada uno parecía buscar un punto de placer dentro de mí y mi cuerpo se volvía loco con esa sensación. Era como tener cuatro pequeños consoladores dentro de mí moviéndose a distintos ritmos e intensidades.

—Diossssssss, madre mía. ¡Joder! Síiiii.

Estaba teniendo un orgasmo y creo que los demás pudieron sentirlo a través de mi vagina y los temblores que estaba teniendo alrededor de la cintura.

—Ahhhhhh.....

Los temblores cesaron y empecé a sentirme muy relajada y exhausta. Por su parte, ellos también cesaron sus movimientos, pero los dedos seguían bien dentro de mí.

—Tienes que estar ya muy cansada después de tanto follar. Te prometo que el próximo orgasmo será el último... y el mejor.

Yo miraba hacia arriba, donde se encontraba ese coño que tanto me gustaba y que tenía tan cerca. Para mi deleite, una gota de sus flujos cayó en mi cara.

—De verdad que me gustaría volver a probar tu coño. Déjame comértelo mientras seguís jugando conmigo —le dije.

—No suelo conseguir correrme en esta posición.

—No importa, con poder saborearte me vale.

Ella, en vez de responder, bajó la cadera hasta que su sexo tocó mi cara. Yo le puse las manos en el culo y apreté esa parte de su cuerpo contra mi cara. Mi sueño volvía a hacerse realidad y podía volver a probar ese manjar que tenía entre las piernas. Ella intentó permanecer impassible, pero sabía que le estaba gustando.

—¿Crees que te cabe otro dedo? —quiso saber ella.

—Creo que sí, intentadlo.

—Roberto, vamos, ahora tú.

Empezaba a no haber espacio frente a la mesa y Roberto se puso a un lado, teniendo que pasar el brazo por debajo de una de mis piernas (que estaban flexionadas). No sé si fue que cada vez había menos espacio o si el dedo de Roberto era más grueso, pero ahora sí que empezaba a sentir mi coño apretado de una forma que no lo había sentido nunca antes.

—Vais a intentar meterme todos un dedo, ¿verdad?

—Solo si tú quieres —aclaró Charlotte.

—Sí, sí, vamos a intentarlo.

—Ahora Cristina —ordenó ella.

Cristina se puso en la misma posición que Roberto, pero al otro lado de la mesa. Esta vez la cosa no iba tan fluida. El dedo de Cristina me tocaba, pero le costaba entrar y creo que ella no quería hacerme daño.

—No me veo capaz, está ya muy dilatado —dijo Cristina.

—Vamos a empezar a mover los dedos. Si se pone cachonda otra vez, podremos dilatarlo un poco más —aconsejó Charlotte.

Ellos volvieron a moverse y... madre mía, ahora sí era una locura. Pasé de estar relajada a cachonda muy rápido. Cinco dedos moviéndose dentro de mí era algo muy intenso.

—Dios. ¡Esto es muy placentero!

Comencé a sentir algo extraño.

—Charlotte, creo que ahora sí, empiezo a sentir algo diferente —expuse.

—Prepárate porque es una sensación increíble.

—¡Wo, wo, wo, wo! ¡Dios! ¡Joder!

Cristina había conseguido meter también el dedo y se sintió bestial. Seis dedos dentro de mí.

—Creo que yo ya no toco su vagina, estoy rodeada por vuestros dedos.

Los demás tuvieron que reír con el comentario de Lola, pero yo estaba flipando. Mi mente no podía centrarse en nada, ni siquiera en lamer el coño de Charlotte que tenía frente a mí.

—Creo que ya no caben más dedos y hemos dejado a Felipe fuera, pero aún queda una opción B. Marta, ¿alguna vez has probado el anal?

Dios mío, yo estaba ya extasiada de nuevo y ahora había sacado el tema del anal. Una práctica sexual que nunca había hecho y no parecía ahora el mejor momento, aunque empezaba a darme todo igual.

—No lo he hecho nunca... pero sé por dónde vas... Felipe, méteme tu dedo por el culo.

—Felipe, sé delicado y usa lubricante. Ponte agachado delante de Lola para llegar mejor —le indicó Charlotte.

Iban a romperme el culo por primera vez con un dedo mientras tenía otros seis dentro de mí. Estaba empezando a volverme loca de placer.

—Charlotte, creo que me orino, no es squirt, son ganas de orinar.

—¡Vas bien! Confía en mí. Incluso si sientes que te orinas, no pasa nada, de verdad, tienes que probarlo.

Mientras hablaba con Charlotte, la sorpresa llegó y empecé a sentir el dedo lubricado de Felipe alrededor de mi ano, sin llegar a penetrarme, pero preparándose.

—¡Ahh! ¡Síii! ¡Dios! ¡Qué locura!

Felipe intentó apretar un poco, pero no consiguió entrar.

—Hay personas que para practicar el anal tienen que mentalizarse y relajarse mucho, quizás este no sea el mejor momento si nunca lo has hecho —comentó Charlotte.

—¿Merece la pena que me meta ahora un dedo por ahí? —inquirí.

—Totalmente, confía en mí. Respira hondo y relájate, es una sensación rara, pero déjate llevar.

Todos dejaron de moverse y me centré en relajar mi culo y, antes de darme cuenta, el dedo de Felipe se deslizó muy dentro de mí.

—¡Ahhhhhhh! ¡Esto es demasiado placentero! ¡Voy a volverme loca!

Todos volvieron a mover los dedos y esta vez iban más rápidos, ahora sí que estaba perdiendo la cabeza por completo.

—¡Charlotte! ¡Voy a orinarme! ¡De verdad! ¡Qué vergüenza!

Mis piernas volvían a temblar y me inundaba un placer que nunca antes había sentido, era increíble. Dedos por todas partes follándome incluso el culo.

—Orínate si hace falta. Voy a empezar mi truco final para darte el mejor orgasmo de tu vida.

Charlotte apoyó el cuerpo en el mío, perdiendo su punto de apoyo que era el otro brazo. Unos segundos después, entendí lo que hacía: quería usar la otra mano para tocarme el clítoris.

—¡DIOSSSS! ¡DIOSSS! ¡TE QUIEROO! ¡JODERRR, TE QUIEROOO, CHARLOTTE! ¡ME MEO, ME MEO! ¡QUÉ VERGÜENZA!

Empecé a sentir que algo salía de mi interior y que los mojaba a todos. Me daba igual. Una electricidad increíblemente placentera me recorría el cuerpo, perdí la fuerza en las piernas y los ojos casi se me quedaron en blanco mientras sentía cómo seguía expulsando un líquido por el coño.

—Sacad los dedos poco a poco, de uno en uno.

No sentía nada ahí abajo, sacaron los dedos, pero mi coño seguía muy abierto y semi-anestesiado. Me quedé allí tumbada un rato, disfrutando de aquel momento tan fantástico mientras Charlotte se quedó a mi lado abrazándome. Creo que los demás estuvieron allí follando un rato más en el salón mientras yo yacía tumbada y adormilada junto a Charlotte. Fue el mejor orgasmo de mi vida.

EPÍLOGO

Dos días después, volví a la mansión y firmé el contrato para trabajar allí. Pude alternar sin problemas mis estudios universitarios con aquel oficio e incluso mi rendimiento académico mejoró. Considero que esta fue la etapa más feliz (y sexual) de mi vida.

Antes de firmar el contrato, Charlotte y yo tuvimos una charla sobre el amor donde le expliqué lo que yo sentía hacia ella. Le confesé que era puro deseo, pero era muy real. Ella me explicó que, en mayor o menor medida, los empleados de la casa estaban enamorados de ella y que ella nos quería también a todos. Según Charlotte, su relación con nosotros era “una relación de poliamor muy difícil de explicar”, pero al igual que con el resto de los empleados, ella también sentía algo por mí.

Con el tiempo entendí mejor su concepto del poliamor y descubrí que nos deseaba a todos los que trabajábamos allí. Nunca intenté tenerla solo para mí y los demás tampoco lo hicieron. Sin duda, era una mujer única capaz de enamorar a los que la rodeaban y tenía el poder de dictar nuevas reglas sobre el amor y el sexo.

Llegados a este punto, yo me convertí en una Maid sexual totalmente entregada y por eso considero que este es un buen momento para terminar esta parte de mi historia, aunque creo que todavía quedan muchas cosas por contar, por ejemplo, los eventos que ocurrieron tras firmar el contrato, algo que podría llamarse perfectamente “Cómo me convertí en una gatita sexual”, pero eso os lo contaré en mi próximo libro.

FIN